

HISTORIAS DE UNA BECARIA INCORRECTA

@Becaria_



HISTORIAS DE UNA BECARIA INCORRECTA

@Becaria_



HISTORIAS ^{DE} UNA BECARIA INCORRECTA

@Becaria_

Ilustraciones de Dani Gove

PLAN
B

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

ME PRESENTO

La verdad es que no sé cómo empezar, porque he empezado muy pocas cosas, y menos son las que he terminado. Por eso soy Becaria. La Becaria. Y tengo la sensación de que lo seré toda la vida. Pero intentaré comenzar por el principio.

Mi vida laboral ha ido dando bandazos. He pasado por incontables empresas como becaria, de un lado a otro, y ya me parece un logro haber conseguido establecerme en una agencia donde he encajado a pesar de mis pajas mentales y delirios emocionales.

He perdido la cuenta de todos los trabajos en los que he estado sin salario, de todos los sectores empresariales que he conocido, de todos los jefes que he tenido, de todos los malentendidos y las veces que la he liado, y lo mal valorada que siempre he estado bajo contratos precarios en régimen de salario emocional. Contratos emocionales, salarios emocionales, permisos emocionales, bajas emocionales... Todo un *leitmotiv* en mi vida.

Duermo poco y mal. Una cafetera italiana para una única taza me mantiene viva, no me duermo gracias a ella y a veces llevo un termo al trabajo para darle un lingotazo entre llamadas, papeles, indirectas y ganas de pegarle una patada en los huevos al jefe. No me gustan las cafeteras de cápsulas ni la espuma blanca que les queda en la superficie, porque saben a cualquier cosa

menos a café. Siento mucho decepcionarte, George Clooney. Me parece que es como pedirte para comer un cachopo con sabor a paella y al final, ni cachopo ni paella (ni para ninguno).

En el amor no me va mejor, soy una inválida emocional. He estado con muchos tíos sin estar realmente con ninguno porque tengo la mala costumbre de caer en relaciones confusas y tóxicas que no llevan a nada, pero mientras tanto, echo el rato, voy aprendiendo al revés y sigo tropezando con la misma piedra hasta perder la cuenta. Con las tías no me va mucho mejor, y no porque no quiera. A veces pones todo tu empeño en cosas que luego no siguen la dirección correcta, te equivocas en otras cosas que no apuntas en tu libreta de asuntos importantes para rectificarlas, y otra vez a empezar.

He crecido con internet, he estado en todas las redes sociales que han ido apareciendo en los últimos años, y ahora estoy centrada en Twitter, Instagram y Facebook con los perfiles que jamás deberían filtrarse en mis trabajos ni en los despachos de mis jefes. Soy la community manager de la república independiente de mi vida. Me han pasado cosas feas, raras y también maravillosas. El poder de las redes es ilimitado. Han intentado ligar conmigo en aplicaciones de compraventa de cosas usadas, me han tirado la caña en apps de trabajo, he tenido sexo fugaz gracias a LinkedIn, me han llenado el correo de fotopollas, no me he comido un colín en Tinder, me he sentido acosada, me han ofrecido dinero por mis bragas usadas y la Wikipedia me ha enseñado muchas cosas.

En los pocos minutos libres que me quedan en mi vida como becaria, me encanta asistir a eventos, exposiciones, conciertos, leer libros raros, conocer gente de otras culturas, religiones, creencias espirituales y gustos sexuales, no quedarme con las ganas de nada, luchar contra el machismo oprimente, que me coman bien el coño, tomar gintonics y que nadie gobierne en mis movidas. Me fascina la gente que cree en el poder de las piedras, las energías, el karma,

etcétera, y tratar de ahondar en sus ideas y motivaciones, porque yo no creo en nada, salvo en la energía de mi clítoris cuando llego al orgasmo. Y ya me parece demasiado.

Es complicado ser becaria y tener dinero (una contradicción vital), pero he hecho cosas que me han permitido ir tirando, fuera de mis contratos de prácticas en régimen de salario emocional. He trabajado para una sexshop online de probadora de juguetes sexuales, he hecho algunas ñapas contables en B, he escrito artículos y entrevistas cobrando euros de verdad, me han regalado latas de refrescos, que también son muy importantes para mantenerse hidratada, y me han invitado a cafés, indispensables para seguir despierta.

Entre el salario emocional, las calefacciones estropeadas y la propuesta que ha salido en la TV de la reducción de cafés para ahorrar para la jubilación, estoy encantada con esto de ser becaria. Y quiero contar mi historia.

1

TRABAJO



¡¡ERES LA BECARIA QUE ESTAMOS BUSCANDO!!

Si sabes hacer de todo, no tienes prisa por llegar a casa a la hora de comer, das más valor a disfrutar de tu trabajo y a llevarte bien con tus compañeros y compañeras que a cobrar en dinero, eres positiva, resolutiva, puedes estar en varias ventanas a la vez, eres lo que estamos buscando.

Necesitamos a una becaria en los departamentos de Comunicación, Marketing, Relaciones Públicas y Eventos, y que también atienda en recepción cuando no esté la secretaria o el responsable de mantenimiento, y que tenga disponibilidad 24/7 con opción a dormir los domingos.

Ofrecemos un contrato en prácticas durante seis meses a jornada completa, sin remuneración económica, dietas aparte y un incalculable salario emocional. Revisable al finalizar para posible contratación con alta en la Seguridad Social.

Es necesario un correcto manejo de programas de edición de texto, fotos, vídeos, contabilidad, telefonía y fax, aplicaciones de compraventa, dating,

soltura en todas las redes sociales y buena gestión de las emociones por lo que pueda surgir. Todo en nuestra empresa es impredecible.

Las principales funciones de la becaria serán gestionar crisis en Twitter, envíos de muestras de los clientes a influencers, redacción de textos corporativos, análisis sociológicos en las redes sociales, asistencia de refuerzo a eventos, recepción de paquetería y otros certificados.

¡Jodida suerte ante mis ojos! Otra gran oportunidad laboral para seguir regalando mi tiempo, el poco que me sobraba, como becaria. Esta vez en una agencia de publicidad, eventos y moderneces varias aplicadas a las redes sociales. Encontré el anuncio de casualidad en la app de una empresa de trabajo temporal filtrando la búsqueda en mi zona. Me decidí a probar sin especial emoción, porque yendo a entrevistas no sacas mucho en claro cuando eres la eterna becaria, pero conoces a gente.

Preparé el currículum con tan mala suerte que tuve que hacerlo dos veces porque redacté y maqueté todo el texto con imágenes y no le di a «guardar» a tiempo. Windows se colgó, reinicié, intenté actualizar el sistema operativo porque tenía la versión caducada y casi se presenta la policía para detenerme por la procedencia dudosa del código de validación de la instalación. Menos mal que se acercaba mi cumpleaños y mis padres me darían un dinero extra para sufragar algo de tecnología e ir tirando. Volví a confeccionar el CV con todos mis estudios, habilidades y últimos trabajos de becaria a cambio de un salario prácticamente emocional, y lo envié.

Aquel mismo día recibí una llamada para confirmar la entrevista con la empresa el martes siguiente, día 13, a las 17 horas. Menos mal que no soy especialmente supersticiosa y tampoco es que pudiese ir peor ya.

Acudí a la entrevista con una agenda de Mr Mierderful y unas bragas preciosas porque después había quedado con un chico de una app de ligoteo. Así ha sido mi vida los últimos años, de app en app y tiro porque me toca. Una vez en la agencia, pregunté por Lucía, la chica que me había citado para la entrevista, y me dijeron que esperara «allí», señalando una silla negra básica y moliente de IKEA sin un ápice de comodidad. «Asentando las bases de mi nueva etapa como becaria», leí en el brillo de las patas de aquella jodida silla.

«Allí» apareció una chica de unos 37 años, muy mona y un poco pasada en perfume. Dejaba el tufo a cuatro metros de distancia, como una mofeta desorientada por la calle Serrano. No soporto a la gente que se tira el frasco encima cuando sale de casa, me parece una absoluta falta de respeto al mundo. Lucía se presentó como la jefa del Área de Recursos Humanos y me repitió lo que decía el anuncio de la oferta de trabajo, como si yo no lo hubiese leído antes de apuntarme y mientras iba de camino a la entrevista en un intento de ubicarme en los minutos siguientes de mi vida. Yo estaba tranquila, porque la verdad es que me daba igual salir de aquella empresa con trabajo o sin él; siempre las mismas preguntas, las mismas historias, abusos de poder, condiciones mejores que nunca llegan... Así que me senté «allí» como quien va a la consulta del médico porque le duele mucho la cabeza, como quien va al endocrino porque le han subido los triglicéridos y no hay quien compagine la dieta con los despiporres del fin de semana.

—Bien, Rebeca, ¿qué estás haciendo ahora mismo?

—(*Modo irónico ON.*) Esperar a que me hagáis la entrevista para la que me habéis llamado, la verdad es que he pasado la noche en vela pensando en ella.

—¿Cuál es tu situación laboral actual?

—Hace tres semanas participé en una campaña de Trending Topic de Twitter.

—Cuéntame más.

—Consistía en tuitear muchas tonterías sobre un tema, conseguir el TT y, al final, mencionar la marca que pagaba. Es de las pocas cosas por las que he cobrado, aunque a veces también me regalan cervezas, libros y camisetas.

—¿Qué éxitos laborales destacarías?

—Rechazar las insinuaciones sexuales de mi último jefe cuando se había ido todo el mundo del curro. La empresa era una distribuidora de material deportivo, balones sobre todo, y yo, una becaria sin sueldo. Lo rechacé y acabé despedida. Salí ganando. Paradojas de la vida.

»También he gestionado un sexshop online y he cobrado por hacer de probadora de juguetes sexuales, relatar mi experiencia y comentarlo en las redes sociales. Lo cobré todo en B (de Becaria).

—¿Qué es lo que más te sorprende de ti misma?

—No haber ganado nunca ni un euro, y soy muy buena cuando me lo propongo. Resulta acojonantemente difícil haber trabajado tantas horas y que no se valore con dinero.

—¿Has cometido algún error profesional?

—Una vez me puse en el ordenador del trabajo un post it con la contraseña del banco de mi jefe. Alguien lo vio, accedió y hackeó su cuenta privada en Suiza. La contraseña era «werty1234», supongo que ya la habrá cambiado.

»Y una vez metí un billete de cien euros entre unos papeles en la trituradora. Intenté imprimir uno igual, pero no tuve mucho éxito.

—¿Qué sabes hacer?

—Llevo diecisiete entrevistas con esta. He trabajado en ocho oficinas, setenta meses, tres semanas, veintiséis días y seis horas como becaria, ejecutando todo tipo de labores sin retribución económica, así que algo sé hacer: desde inventarios hasta reclamar cobros o usar Twitter. Nunca he preparado un café, excepto para mí misma.

—Si te tocara la lotería, ¿seguirías trabajando?

—Ya trabajo sin cobrar, qué quieres que te diga, ¿lo que me llevaría a una isla desierta?

—¿Tienes pensado quedarte embarazada?

—¿Cuenta zamparme dos hamburguesas XXL seguidas de un postre de helado con tres bolas de chocolate y sirope de frambuesa?

—¿Cómo te ves dentro de cinco años?

—Monísima, con la misma talla de pantalón, una casa grande con vestidor, minibar y espacio para muchos libros, con muchos amigos y sin novio fijo ni tiempo para trabajar.

—¿Qué relación esperas mantener con tus compañeros y jefes?

—La justa para que no se emocionen, que aquí hemos venido a trabajar. ¿Hay algún chico guapo?

—Cuéntame qué haces en tu tiempo libre.

—No puedo parar de crear. Fotografío paisajes, playmobils, me hago selfies de espaldas, de mis camisetas, escribo cosas, voy a eventos culturales... Me gusta el sexo, leer libros sobre sexualidad, feminismo, los sucesos paranormales y la gente feliz. Y siempre saludo a los vecinos en el ascensor.

—Si te fueras a una isla desierta, ¿qué te llevarías?

—¿Ves? Perdona, ¿esto es una entrevista de trabajo o un test de la *Super Pop*?

—Damos por finalizada la entrevista. Gracias por venir, Rebeca.

—De nada. Hasta luego, guapi.

En contra de lo esperado, Lucía me llamó al día siguiente para ofrecerme un contrato de seis meses como becaria en régimen de salario emocional, porque iba a trabajar a piñón durante medio año con la incertidumbre de si, pasado ese tiempo, me contratarían o no. Recibí la noticia casi con más decepción que

si me hubiese dicho que no me habían seleccionado, porque estoy cansada de ser siempre la becaria a la que usan de comodín para lo que surja. Aun así decidí aceptarlo: la alternativa en ese momento era dedicarme a la vida contemplativa y, al menos, de esa manera conocería a gente nueva. Podía salir bien o muy mal, pero peor que cobrar en bolígrafos o papel higiénico, imposible.

Con menos ganas de trabajar gratis que una pija que da una exclusiva al *Hola* por amor al arte, me armé de valor y me dije: «Quizá todo esto sea el post it que dé comienzo a mis memorias como becaria».

MI PRIMER DÍA EN LA OFICINA

Recuerdo aquel día de locos. No me presentaron a casi nadie y me asignaron un puesto con un ordenador, una silla roja a la que se le trababan las ruedas y tropecientos proyectos y tareas inacabadas encima de la mesa. Posiblemente lo que nadie quería hacer y a mí me tocaba poner al día. Esperaba que al menos el Windows fuese original y tuviese todas las actualizaciones. No sabía si echar un ojo a todo aquel papeleo, hacer un hueco en la mesa para mi termo de café y mi bote de edulcorante tamaño industrial o estrenarme con la trituradora directamente.

Tiré piedras contra mi propio tejado al informar por adelantado de que no era mi fuerte preparar café ni esas tareas que suelen atribuirse a becarias sin experiencia y poco cualificadas. Entre las risas y los nervios del primer día, conté cuando a mi exjefe anterior, intolerante a la lactosa, le preparé un café con una leche de camella que alguien había guardado en la nevera comunitaria y le jodí dos noches con una diarrea olímpica. Fue mi forma de dejar bien claro que lo mío no eran los cafés manchados, y tampoco las medias tintas. No

pareció preocuparles, tenían mucho curro por delante y una nueva mula de carga, léase yo.

Me costó averiguar quién era el jefe: un cuarentón canoso con aires de grandeza y un pelín déspota. La empresa me recordaba a la típica película norteamericana de creativos que trabajan bajo los efectos de sustancias psicotrópicas, a mil por hora, con prisas y mucho caos. Todo era un despiporre de chicos y chicas jóvenes, de entre veinte y cuarenta y pico años, diversos, peculiares, entre los cuales costaba adivinar quién era María, Luis o Pepe, porque estaban todos hechos de retales de géneros y estereotipos desmontados. No sé qué pintaba yo allí, a medio definir, con la cabeza como un bombo, el corazón congelado y sin saber qué hacer con mi vida.

Yo, para variar, no tardé en poner el cerebro de mi clítoris en funcionamiento y me quedé prendada de un creativo con media melena, ojos claros y jersey de renos de Inditex que ni se acercó a saludar ni a decirme cuál era su puesto de trabajo ni dónde estaba el dispensador de condones por si nos agobiábamos trabajando y nos daba por echar un casquete en el baño. Estaba muy bueno, precisamente por ignorarme.

Sobra decir que mi labor en esta empresa era, y sigue siendo, de becaria, la eterna becaria para coger experiencia, trabajar mucho y no cobrar nada, excepto un salario emocional. Se suponía que, si estabas a gusto, te trataban bien e incluso comentaban en las redes sociales de la empresa lo guay que eras, podías darte por cobrada.

—Bien, Rebeca... creo que te llamas —de ahora en adelante, Becky o «la Becaria»—, echa un ojo a esos informes de situación y luego, si te apetece, te vienes a cerrar la jornada al afterwork —me dijo Rafael, mi jefe, como para integrarme en el grupo de trabajo.

Rápidamente pensé que se trataba de una encerrona para emborracharme el primer día de curro y ver de qué cóctel cojeaba.

—Ok, hasta última hora no lo sabré porque tengo que llevar a mi ex al veterinario.

Puso cara de sorpresa y enseguida le expliqué que era para recoger a su perrete, al que acababan de operar. Fue la primera chorrada que se me ocurrió, no iba a pretender que encima resultase creíble.

No tenía muy claro qué hacer, pero cuando me enteré de que iría el creativo que me había ignorado totalmente, pasé un momento por mi piso, rebusqué entre todas las camisetas con diseños y mensajes originales que me regalaban en mis redes sociales secretas, me puse una con la frase «Not all men» y acudí al afterwork.

JEFE, COMPAÑEROS Y GINTONICS

Entré en el afterwork de marras, donde la gente del curro quedaba para tomar copas como quien se toma cuatro cafés después de pasar la noche en vela bombeando ideas. El antro tenía una estética anticuada pero con mucho modernete, la típica paradoja que se lleva últimamente: sillones de eskay, camareros con indumentaria de los cincuenta y clientela diversa, con más especies que el zoo de Cabárceno. El bar tenía fama de servir unos cócteles brutales y no pensaba dejar pasar la oportunidad de probar todas las mezclas que llevasen una buena ginebra.

Allí había un montón de compañeros a los que no conocía de nada, para mi suerte o desgracia. Me presentaron a tanta gente a la vez que fui incapaz de retener ningún nombre. Prácticamente ni las caras, no se veía un carajo. Qué pereza me dan esas presentaciones masivas donde eres «la nueva», «la pringada». Para mis adentros, me dije que tenía que hacerme valer y acabar

con el topicazo de la becaria sumisa que solo sirve para hacer fotocopias y llevar la agenda.

Fuera de la oficina, a nadie parecía importarle la actividad de la agencia. Aquello más bien tenía aspecto de un encuentro de gente de una app de maridos infieles que se conocieron en una cita a ciegas masiva, rollo ForoCoche pero en plan finolis. Cada cual de su padre y de su madre. Sin partida de nacimiento, si me apuras.

Me sentí fuera de lugar. Callada y poco participativa, confirmé que el jefe era un petardo con ciertos aires de machirulo y un pelín tontorrón. Y eso que solo se había tomado medio cóctel de ginebra con zumo de ostra, erizo de mar y tónica Premium del Océano Atlántico con un toque de lima.

El bar tenía dos plantas. A las diez y media de la noche, atenuaron las luces de arriba. Me recordaba a un reservado para intimar con tu ligue. Parecía más un cuarto oscuro que un bar para hablar de proyectos de publicidad y presupuestos. De hecho, por lo poco que llegaba a mis oídos, lo normal era charlar sobre los instintos más primarios de los machotes de la empresa. Sin embargo, yo pensaba más en subir con el jefe y darle en la cabeza con los tropecientos proyectos que me había dejado encima de la mesa. Mis instintos violentos no eran una buena señal.

Me aparté del grupo y pedí mi primer gintonic. Desde el sorbo número uno, comencé a elaborar un retrato robot de los diferentes especímenes masculinos que iba a tener por compañeros, sin querer prejuzgar demasiado para no caer en percepciones superficiales. Pero Rafael, mi jefe en el departamento de Cosas Indeterminadas, ya me había entrado bastante mal por el ojo izquierdo. Advertí cómo dos compañeras del departamento Financiero y una chica ajena a la empresa le hicieron una cobra sutil cuando se acercó demasiado, como si le apestará el alerón a perineo de monitor de zumba sin aire acondicionado. No me atreví a concluir que fuera un acosador, pero sí un robaespacios vitales

de las chicas atractivas. El típico «Eh, nena, soy tu jefe sexy madurito y vas a caer rendida a mis pies». En realidad era un pollavieja, un carcamal insolente, lo cual restaba atractivo a la hora del flirteo.

Antes de ponerme a hiperventilar, me acerqué al creativo guapo para presentarme y ver de qué pie cojeaba. Ojalá fuera entre las piernas, porque vaya paquete marcaba. Se llamaba José, tenía 42 años pero aparentaba 35, ya peinaba alguna cana y, en resumen, qué calores me subieron, y no precisamente por la menopausia. En contra de todo pronóstico, era mucho más majo de lo que esperaba. Charlamos sobre su vida en la agencia y no me quedó nada claro, salvo que había formado parte de la campaña de Cobi para Barcelona 92. Deduje que era un creativo de éxito venido a menos, pero con cierto sex appeal en el sector. Aunque iba un poco de sobrado, era tan guapo que no se le notaba tanto; quizá se sintiera atacado por mi camiseta con la frase «Not all men». José se acercó al baño y, en menos de diez segundos, ya tenía a Rafael a mi lado. Una pinza para la nariz, por favor.

Efectivamente, confirmé mis sospechas de tío petardo con «poder». Me contó que había trabajado fuera para otras empresas importantes, pero había vuelto para establecerse de forma definitiva en España y llevaba cinco años como jefe de mi departamento. Me habló de su mujer, de su hija pequeña, de su prima presentadora de un canal local de televisión, de lo bien que va el negocio y de lo que puedo ascender «si me esfuerzo en mi puesto». ¿Estaba insinuando favores sexuales a cambio de ascender en el curro? No me quise montar películas antes de tiempo. Hasta ahí fue todo lo bien que podía ir su derroche de «egocentrismo», acto seguido empezó a preguntarme demasiadas cosas sobre mi vida personal; si tenía novio, qué hacía en mi tiempo libre, si practicaba algún deporte especial porque tenía la figura muy tonificada y otras cosas que no venían a cuento y activaron el piloto rojo. Luego me enteré de que tenía un perfil en Twitter con bastante éxito, con mucha tontería de marca

personal y gente que le hacía la pelota para hacerse un hueco en la agencia. Un total de 3.500 followers (decían las malas lenguas que la mitad eran comprados) que hacían que se lo tuviera aún más creído.

En cuanto Rafael se fue al baño a vaciar su monstruosa vejiga, fui yo quien se acercó a otro becario del departamento de Marketing, el becario Manel. Me contó que se acababa de incorporar para llevar las redes sociales de un nuevo producto de la empresa del cual yo no tenía ni idea, porque me habían invitado antes a tomar gintonics que a una reunión profesional. Manel estaba en prácticas y en régimen de salario emocional, como yo, por eso creamos al instante un vínculo de igualdad de condiciones como asalariados emocionales. Lo complicado vino cuando no se le ocurrió nada mejor que preguntarme si utilizaba redes sociales, cuáles eran mis favoritas, qué opinaba de la burbuja de los youtubers, de los tableros de Pinterest... Y ya empecé a agobiarme, porque de lo último de lo que me apetecía hablar era de mis perfiles sociales secretos.

Sí, yo tenía redes sociales, pero no las típicas con tu nombre y apellidos y la cara en el perfil, sino que utilizaba seudónimo y mi cara representada por una muñeca de playmobil en topless tuneada por mí misma, a mi imagen y semejanza. Antes también había tenido fotos en bragas, pero aquello fueron otros tiempos. Si subía alguna foto era de mi cuerpo, de mis camisetas o mi dedo corazón haciendo una peineta. Y ya. A mí lo que me gustaba era hablar de sexo, de hombres, de mujeres, de la vida, del jolgorio desde la libertad sexual, decir lo que me viniese en gana a todas horas y salir tranquilamente a la calle sin que me señalaran con el dedo o corriera el riesgo de verme asaltada por algún cromañón interconectado. De ahí lo del anonimato.

—Bien, Manel, vamos a acabar por el principio, ya lo retomamos en otro momento —le dije.

CLIENTES Y OTRAS PIFIAS

Con unas ojeras como el culo de un conejo y lista para no parar de crear: esa es la actitud con la que acudí al día siguiente, y los posteriores, a la oficina, después de pasar la primera noche, y las sucesivas, en el afterwork (vamos, en el bar cutre de la esquina al que normalmente solo iría para esconderme de alguien porque no se le ocurriría buscarme allí en la vida).

Llegué, me senté en la silla escacharrada de mi ordenador y regulé la altura para contemplarlo todo desde una perspectiva óptima. Delante tenía un popurrí de facturas, propuestas comerciales, presupuestos, informes de resultados, papeles inútiles para utilizarlos como borrador por la cara en blanco, folletos de restaurantes, libros de branding, una foto de Risto Mejide (allá cada cual con sus parafilias), catálogos de juguetes, de marisquerías, el dossier de una asociación de pesca submarina... No entendía la mezcla de documentos y chiringuitos. ¿Cuál iba a ser mi ocupación como becaria en esa empresa de publicidad de cosas indeterminadas? Ni idea. Justo cuando estaba a punto de ir al baño para hacerme unos selfies y tontear un rato por WhatsApp con algún amigo, apareció Rafael y me jodió la maniobra. «Maldito cavernario con halitosis», pensé mientras ponía cara de estar deseando empezar a trabajar.

Me vino con una cara que ni un periodista deportivo que coge un avión a las siete de la mañana después de la peor borrachera. ¡Vaya jeto! Luego caí en la cuenta de que igual no le entusiasmaron mis calabazas cuando fue a vaciar la vejiga al baño del afterwork (para que luego digan que los borrachos olvidan las cosas cuando se disipan los efectos de la cogorza). Primera lección aprendida: los jefes nunca olvidan. Al grano: me tiró encima de la mesa el contrato de becaria y un listado de clientes; yo tenía que investigar y preparar

un informe de sus respectivas actividades para luego decirme lo que tenía que hacer. Tócate las narices, ¡como en el colegio!

No me molesté mucho en leer el contrato porque, para lo que iba a cobrar, las consecuencias de hacer lo que me saliese del coño no serían más graves que perder mi pedazo de salario emocional. Lo de los clientes ya era para darle de comer aparte. Al final me pasé el día entero revisando webs y redes sociales que me importaban una puta mierda pero acabaron formando parte de mi vida de una manera inexplicable. El índice de mi informe fue el siguiente:

- Tienda de lámparas al borde de un bajón de tensión.
- Tantra, un idioma universal.
- Empresa de pompas fúnebres con propuesta de servicio de audioesquelas.
- Tienda de libros caducados de segunda mano sin community manager.
- Marisquería en plena crisis de reputación machista.
- Clínica de interrupción del embarazo que sufre el acoso de las gallardonlibers. Otra jodida crisis de reputación.

Dicen que para trabajar en cuestiones creativas debes sentir lo que estás haciendo, notar que se te eriza el vello de los brazos cuando tienes una idea potente, cuando consigues que un tuit con spam se retuitee más de diez veces. La magia de crear, de comunicar, de dar máxima difusión y no parar.

Yo no sabía qué tenía que hacer, pero ya me estaba picando la curiosidad y me podían las ganas de empezar. Soy una yonqui de las emociones fuertes, sí. Envié un mail a Rafael, quien, sin reparar en mi informe, sin decirme si le había parecido acertado o una huevada, me pasó los datos de contacto de cada empresa y me dijo que concertara entrevistas con las tres primeras para comenzar a trabajar en los dramas de esos clientes. Sería la primera toma de

contacto para su salvación: yo ejercería de mediadora entre ellos y los diferentes departamentos que pondrían en marcha sus campañas de publicidad en internet y en las marquesinas de los autobuses, en las vallas de las autovías, en los parabrisas de los coches... Qué sé yo. Seguía sin tener claro qué hacer, pero llamé a todas las empresas, quedamos y me lancé a la aventura de conocerlas, descubrir sus problemas, necesidades y apetencias. Como en una app de follarse pero aguantando coñazos que ni frío ni calor. Vives como en una telenovela fuera de la pantalla y se te ocurren cosas, inventas, creas y surgen historias bonitas. Pero siempre que mi trabajo en la agencia reporte un beneficio aunque yo no vea ni un duro.

LA TIENDA ONLINE DE LÁMPARAS

Mi trabajo comenzó con la tienda de lámparas. Se trataba de un negocio online que estaba teniendo problemas con las ventas porque la competencia iba en aumento. Nunca imaginé que un producto del todo carente de interés para mí pudiera mover tantos millones de euros en el mercado. ¿Qué tenía que hacer yo con esa movida? Recopilar lámparas por familias y redactar artículos, promocionar eventos de iluminación, seguir las tendencias del mundo de las lámparas e ir lanzando campañas según la época. Mi esfuerzo por dotar de diversión algo que a mí me seducía tan poco empezó a afectarme hasta el punto de que me fijaba en cada bombilla del pasillo de iluminación de IKEA. ¡Me estaba volviendo aún más loca! ¡Que no quería más luces en mi vida!

Mi puesto en la empresa peligró el día que incluyeron en mi planning de Social Media crear el viral de una lámpara original. Me saqué la petaca de debajo de la mesa de la oficina, tomé un lingotazo de ginebra y preparé un tuit para mi Twitter personal con un comentario soez y la foto de una gigante

lámpara de techo con forma de polla. Con tal mala suerte que, como ya estaba piripi, me equivoqué y publiqué la lámpara de los cojones en el perfil de la tienda de las luminarias. Y, efectivamente, antes de que me diera cuenta y lo borrara, se había hecho viral.

Ya no tenía nada que hacer: acababa de firmar la necrológica de mi labor como becaria en la agencia de publicidad. Pero, en contra de lo esperado, el viral de la lámpara de techo con forma de polla que tanta mofa despertó en las redes sociales reactivó las ventas de la tienda online y por fin consiguieron vender algo más que setas infantiles con luz LED importadas de China a medio euro la unidad. ¡Mierda! Eso significaba que seguiría trabajando con aquel truño de empresa. Aunque me alegré de que mis cagadas no llevaran al chiringuito de las luces a la quiebra.

EL LOCAL DE MASAJES TÁNTRICOS

Otro trabajo surrealista que me tocó hacer al principio fue el de traductora de una traducción de Google Translate sobre masajes tántricos. Ver para creer, me costó asimilar aquella cagada, pero me sentía preparada para solventarla. ¡Y con lo motivada que me tenían con mi supersalario emocional! Se trataba de un piso de chicas asiáticas que ofrecían masajes tántricos con final feliz. Un local de alterne pero aparentemente más legal y refinado, de esos que venden masajes que luego son sexo místico y resulta que acaban en «final feliz».

La cuestión es que el local tenía un blog lleno de posts plagiados de webs en inglés pero traducidos con Google Translate, con lo que el plagio se atenuaba, pero la lectura merecía un marco: «Un masaje de placer es ideal si quieres aprender a relajarte y sentir más en tu sexualidad. A veces las mujeres bloquean su propio placer en el deseo de complacer a su pareja durante el

sexo. Entonces pagar dinero simplemente para recostarse y recibir puede ser enormemente sanador y fortalecedor. Muchas mujeres aumentan su capacidad de placer al recibir un masaje tántrico». Era todo así y mucho peor. Me aseguré de que en aquel sitio no se daban malas prácticas antes de ponerme manos a la obra.

Mi trabajo consistía en reescribir esos artículos para darles sentido. Ahí es donde me inicié en el conocimiento del «correrse para adentro» para no desperdiciar la energía, «el lingam» (la polla), «el yoni» (el coño), el masaje birmano (pasar la lengua por todo el cuerpo) o el sándwich erótico (los masajes a cuatro manos de toda la vida). Fue un trabajo sin mayor complicación y con fecha de caducidad, pero me permitió conocer a la madama, a algunas chicas y el ambiente. Dentro de la sordidez del antro, entablé amistad con una de las chicas. Lin me contó muchas cosas que me ayudarían tanto con los textos como con la práctica. No hay nada mejor que escribir sobre algo que has conocido a fondo, y una vez que sentí sus conocimientos respondiendo a mis curiosidades, entendí la misteriosa magia sexual de Oriente. Probé las mieles de Lin y recibí numerosas felicitaciones en la empresa por los textos que había elaborado... aunque ellos jamás supieron de dónde había surgido la inspiración.

FUNERARIA 2.0

Otro proyecto que revolucionó el negocio fúnebre fue el de una empresa funeraria que decidió innovar en sus servicios emitiendo una sección de audioesquelas en el canal de podcasts de una radio cristiana. Mi labor en este caso consistiría en preparar cada día las audiciones de los fallecidos y los aniversarios de difuntos. Igual que una esquila del periódico tradicional pero

con una voz digital casi humana (en realidad sonaba a robot enlatado). Suena tan cutre que quizá por eso el podcast consiguió gran cantidad de radioyentes (el pico de máxima audiencia se producía en el minuto de las audiesquelas).

Todo iba bien hasta que hice una cagada monumental. Un lunes debía enviar un teaser sobre el fallecimiento de una persona muy importante en el mundillo de la Iglesia y, por error, mandé el típico audio de humor de WhatsApp con un chiste marrano. La empresa fúnebre sufrió una crisis de reputación que casi la lleva al óbito empresarial. Una vez más, casi con la extemaunción laboral, me vi al borde del despido, despojada de mi salario de cero euros. Debido a mi proeza, sin embargo, la empresa apareció en todos los medios nacionales del sector: el negocio del fiambre no experimentaba tal boom desde el siglo XIV, con la peste bubónica.

Este trabajo, como se puede ver, tenía un trasfondo muy emocionante, sobre todo si cobrabas por ello, que no era mi caso. Entré entonces en una crisis existencial, no sabía quién era ni qué estaba haciendo con mi vida, y me cogí una baja emocional de casi cuatro semanas para aclarar mi situación vital y follar más sin preocupaciones ni pensar en madrugar.

CONTRATO PRECARIO

Una vez cumplidas las cuatro semanas de baja y con las mismas pajas mentales, o peores, pero satisfecho el objetivo de follar más y mejor, acudí al despacho de Rafael con los dedos aún arrugados como garbanzos de la humedad y la actitud de que me resbalara todo mucho más.

Iba preparada para cerrar otro capítulo de mi vida como becaria, ceder el testigo a otra becaria y seguir alimentando así este sistema de «de becaria en

becaria y tiro porque me toca». Pero, sorprendentemente, seis meses y varias campañas de publicidad después, ¡iba a cobrar panoja de verdad!

Cagada tras cagada, reenganché a jornada completa con una paguita de 150 euros no emocionales para gastos básicos corrientes. Me vine arriba e igual de rápido me hundí en la miseria porque no iba a poder alquilar el piso de soltera que me gustaba. Pero fui positiva y acepté porque comparado con el resto de contratos de mi vida, 150 euros eran un pastón que sentarían la base de mi patrimonio económico.

Y después de todo este tiempo, no fue solo trabajo lo que surgió en la oficina. Tras la baja de cuatro semanas, pasaron muchas cosas en la empresa: el creativo de Cobi venido a menos acabó mudándose a Amsterdam con su novio (yo no sabía que era gay y me alegré sobremanera cuando me informaron, porque tenía clavada la espinita de no haber probado sus babas). El becario Manel de las redes sociales también acabó contratado, y mis relaciones con el jefe se volvieron aún más tirantes que las gomas de sujetarse Pedro Jota los pantalones.

Manel era muy pesado, no sabía más que hablar de redes sociales, herramientas de programar publicaciones, apps de análisis de datos, que si otra vez los tableros de Pinterest, el algoritmo de Facebook, la magia de Instagram, los virales de los tuitstars famosos y la madre que trajo a Satán. Le daba igual que fueran las dos de la mañana, que ahí estaba él, enviándome whatsapps con sus movidas. ¡Pesado! «¡Me vas a comer el coño!», le respondía cuando me escribía a horas intempestivas. Y finalmente... me lo comió, aunque esa es otra historia.

Una de las cosas que descubrí cuando pasé de ser becaria retribuida con salario emocional a ser becaria con una casi nómina de 150 euros netos, es que una vez al mes se celebraba una fiesta para empleados en el afterwork de los cafés y gintonics a media mañana y al terminar la jornada. El sarao

consistía en una movida muy loca en la que la gente de la empresa debía disfrazarse de la temática que eligiera el Área Directiva. Supuestamente era una técnica de coaching con el fin de motivar e inspirar a los trabajadores para que rindieran más en el trabajo.

Hasta la fecha, he asistido a fiestas de temáticas muy variopintas, y todas con el mismo denominador común: a las chicas nos asignaban disfraces que no brillaban por el exceso de tela y confección. La primera me resultó un poco desconcertante, pero tampoco le di mucha importancia. Giraba en torno a noticias de los últimos veinte años que hubieran dado la vuelta al mundo, ¿y qué me tocó a mí? De pareja con mi jefe como Bill Clinton y la becaria Monica Lewinsky. Más humillante todavía fue cuando nos tocó representar el fallecimiento de Hugh Hefner (interpretado por el jefe, por supuesto) y los empleados y las empleadas tuvimos que pasar por el bochorno de vestirnos de conejitas de *Playboy*, con unas orejas que llegaban al techo (cortesía del bazar chino). A ver, nos reímos de lo lindo, pero no dejaba de ser humillante y con un trasfondo sórdido. Ahí volví a encender el piloto rojo y a ver cosas raras. Y a reflexionar sobre cómo era mi jefe de machirulo y sobón...

A partir de la fiesta con las orejas conejiles, todo cambió. El jefe iba detrás de mí en la oficina, cerraba la puerta de su despacho cuando me llamaba, se me acercaba demasiado para decirme cosas... Y nunca pasaba nada, pero me estaba agobiando, y no solo por el aliento a dinosaurio muerto en estado de descomposición.

También debo reconocer que algo positivo saqué de la velada con los chicos disfrazados de conejitas. Manel estaba guapísimo con aquel body rosa con puntillas, marcando huevada, con las orejas peludas, las medias de rejilla y la raya del ojo. No es que me llamen la atención los chicos travestidos, pero no sé por qué siempre me ha excitado el contraste de unos rasgos muy masculinos con la raya pintada en el ojo (la culpa de todo la tienen Johnny

Depp y *Piratas del Caribe*). Dos noches después acabé confesando por WhatsApp, hablamos de experiencias, de fantasías, de deseos, de qué pensábamos el uno del otro... Lo que no había sentido en toda mi época como becaria en régimen de salario emocional me estaba subiendo de repente por las piernas, y lo cierto es que no iba a soportar verlo mucho más en la oficina sin sentir sus manos debajo de mi camiseta, su aliento en mi cuello y su erección dibujándome el surco de los vaqueros. «Manel, por favor» era una de mis muletillas de la oficina y el runrún de mi cabeza... y no sabía si se quedaría en un deseo.

Una mañana se lio parda en la empresa, porque acudió la policía para arrestar a Rafael. Nos quedamos todos en shock, pero a Manel y a mí se nos presentó la oportunidad de nuestra vida para trabajarnos las ganas que teníamos acumuladas. Era posible que nos quedásemos sin trabajo o a saber qué, pero no había mal que por bien no viniese, y nadie iba a echarnos de menos por unos minutos de ausencia en los baños. Hubo sexo oral, me dejó la cara como el rosario de la aurora, pero me supo todo riquísimo. Aunque quedaron muchas cosas pendientes, a caballo regalado e inesperado, no se le mira el diente. Y yo sin maquillaje para disimular la irritación e hinchazón del momento.

No tardó en correrse la voz, entre otras cosas, sobre que Rafael había sido imputado por malversación de capitales y fraude a Hacienda, y condenado por maltrato psicológico a su expareja. Ya sabía yo que el mandamás no era trigo limpio, y mis celos no eran una pájara mental. Deseé que saliese toda la verdad y pagase por sus actitudes intolerables. Y no verle nunca jamás.

Empecé a escribir las últimas páginas de mi paso por la empresa porque el futuro no pintaba nada bien. Volví a echar cuentas y 150 euros no me daban para nada, y no sabía durante cuánto tiempo se prolongaría esa vergonzosa propina. Pero mientras, cedí a seguir tratando con clientes zumbados, pelear

en la oficina por no querer preparar cafés y compartir dramas en compañía de Manel, sin saber muy bien hasta cuándo ni para qué.

BECARIADO, SALARIO EMOCIONAL Y PRECARIADO



CLÁUSULAS INVISIBLES Y OTRAS INJUSTICIAS EN EL CONTRATO DE UNA BECARIA

El mito de hacer cafés y miles de fotocopias no es nada comparado con lo que tiene que sufrir una becaria de verdad. Entrar la última en una empresa y, encima, en condición de becaria, es lo más parecido a cada vez que vas al dentista o entras en un quirófano: te hallas en terreno desconocido y sabes que te van a joder por algún lado, estás entre la vida y la muerte, pero no te queda más opción que tragarte tus miedos, dejarte llevar y capear el temporal como puedas.

Lo único que sabes con exactitud cuando empiezas como becaria en la mayoría de los sitios es que no vas a cobrar un duro. Lo demás lo has dejado en manos de la suerte y de alguna divinidad, aunque seas la persona más atea del universo.

En las empresas en las que he trabajado, unas más pijas que otras, algo casi siempre presente ha sido el clasismo (más o menos encubierto): eres la chica que va a currar gratis porque acabas de terminar tus estudios o porque tienes la «suerte» de entrar en el mercado laboral para poner en práctica conocimientos y coger experiencia, y tienen la potestad para hacer contigo lo

que les dé la gana. Muchas veces, lejos de ayudarte a crecer profesionalmente, te asignan tareas sin ninguna relación con la finalidad por la que en teoría estás allí. Eso sí, eres diferente al resto en estatus y salario, pero no quieren que desentones con tus camisetas extravagantes y en muchos sitios se encargan de imponerte una «vestimenta femenina y sobria, y un poco de tacón que te dote de distinción y elegancia». Ser becaria es hacer lo que nadie quiere hacer: un día tienes mil encargos sobre la mesa y otros te los pasas mirando a las musarañas o tus notificaciones de redes sociales y hablando a hurtadillas por WhatsApp con los chicos que te gustan.

Recuerdo que, en una de las primeras empresas en las que entré como becaria, supuestamente para desarrollar labores de administración que coincidían con unos cambios en el plan general de contabilidad, me tuvieron tres meses haciendo llamadas comerciales durante ocho horas al día para confirmar asistencias a eventos o vender algún producto o servicio. No existía invento químico en la farmacia que me aliviase el dolor de cabeza ni las molestias de faringe después de tantas horas hablando y hablando sin decir nada, una actividad que no me suponía ningún enriquecimiento profesional ni personal. En definitiva, me habían explotado y empobrecido. Aquella consultoría terminó cerrando, por cierto.

Otra cosa muy habitual en las empresas es que los clientes envíen regalos, pruebas de productos, invitaciones a actos con música y comida, conciertos, etcétera, y es todavía más habitual que siempre caigan en manos de los jefes y los trabajadores con contrato. Yo no he disfrutado de un mísero privilegio de este tipo salvo en mi última empresa, aunque, a decir verdad, era por su propio beneficio, no porque quisieran complacerme.

Sumé una experiencia más como becaria en la redacción de un periódico local donde tenía que cubrir actos de segunda división cultural en un club de prensa para presentaciones literarias y cinematográficas. Allí, casi a diario

llegaban libros de todas las editoriales que iban a un cuarto, al que solo los periodistas veteranos tenían acceso para llevarse cuantos quisieran, pero para el becariado, ajo y agua. Lo gracioso es que era un secreto a voces que uno de los periodistas no se los llevaba para leerlos, sino para revenderlos en eBay y wallapop por mediación de un amigo que estaba en paro y le proporcionaba una comisión. Además de ser un gesto feísimo impedir que tus compañeros lean libros interesantes, el precariado en B a través de plataformas de compraventa era un negocio latente.

Hacerte de menos es el pan de cada día. Eres inexistente, como un fantasma que vaga por los pasillos mendigando cosas que hacer con unas ojeras de mapache insomne. La mayoría de las veces no tienes ni nombre. Eres «la nueva», «la becaria» o «la becaria nueva» si es que sois más de una y eres la última incorporada, o incluso «la niña», que suena aún más insultante. Uno de mis incontables jefes siempre me llamaba a su despacho con un «A ver, niña, ven para acá...». Solo le faltaba agarrarse la huevada empujando hacia arriba como muestra de su abuso de poder.

El mail que te asignan en tu puesto es un asunto de lo más despersonalizador y deshumanizante. En algunas empresas registran un mail con tu nombre y primer apellido o inicial, en plan rebeca.diaz@empresa.es. Hasta ahí bien, pero en otras es habitual ir heredando las cuentas de los becarios que han ocupado antes tu puesto, becario@empresa.es, y siempre te toca comerte algún marrón pasado. Otras empresas tienen el detalle de crear un mail nuevo para cada becario, donde eres un mero número, becario37@empresa.es, o el de poner «becaria» si eres mujer y andan con la vena inclusiva activada. Algún efecto positivo debe de tener el feminismo «girl power» de Inditex en el ambiente empresarial. Pero pierde el escaso fuelle a la hora de utilizarlo: con frecuencia, tanto clientes como proveedores pasan de responderte si ven que

eres «su majestad la Becaria», a menos que pongas en copia al jefe de turno. Entonces, sí.

En ocasiones te invitan a reuniones y brainstormings porque en el fondo valoran tu creatividad y saben que eres quien más ideas lanzará sobre la mesa, ideas de las que en contrapartida se apropiarán como si, por obra y gracia de alguna deidad, se les hubiesen ocurrido a ellos. Y así, en la mayoría de las veces, se cocina este pastel: entre la valoración invisible y el sin derecho a ser reconocida.

Para lo único en lo que te tienen en cuenta de forma igualitaria en las empresas es para participar en el bote del café y la bollería industrial de la sala del coffee break o zulo de los cafés. Empezamos mal, trabajando en salario negativo y no te invitan ni al trago de agua manchada de media mañana.

Pero ser becaria también tiene su lado bueno. Al fin y al cabo, es un orgullo porque te dota de poderes tan importantes como la capacidad de trabajar, e incluso estudiar a la vez, sin dejar de comer pese a no cobrar un duro.

Hasta tenemos un día: Día internacional del Becario (y de la Becaria), el 8 de mayo, que también coincide con el Día Internacional de la Mujer. Otro motivo para empoderar al sector becario. Y muy importante: aunque de remota casualidad terminemos trabajando en la dirección general de una gran empresa o en el Fondo Monetario Internacional, no debemos renegar de nuestros orígenes laborales, sino sentirnos orgullos@s de haber sido becari@s y tratar a l@s becari@s de las siguientes generaciones como se merecen. ¡Y pagarles aunque estén aprendiendo!

EL CALVARIO DE SER BECARIO (PRECARIO)

La realidad es que, según los datos actualizados en febrero de 2018[1] por un

sindicato que se supone que de esto algo entiende, existe casi un millón y medio (1.400.000, exactamente) de becarios en régimen de salario emocional en España (el país con más becarios de toda la Unión Europea), sin cobrar absolutamente nada ni cotizar a la Seguridad Social. Esto equivale a un becario o becaria por cada quince trabajadores en plantilla. El mayor ejército de zombis de toda la humanidad, porque la precariedad se ha convertido en la condición laboral normal.

En contrapartida, si hay algo que pueda suplir la ausencia de derecho a cobrar por trabajar en prácticas no remuneradas es el salario emocional. En todo el tiempo que llevo trabajando de un lado para otro como becaria, han potenciado este concepto desde el momento de la entrevista para comprobar si encajaba en el puesto de trabajo. Intentan restar importancia a la ausencia de sueldo destacando «todo lo bueno que vas a obtener»: aprendizaje, oportunidad única de trabajar en una de las mejores empresas del sector (aunque sea un pufo), posibilidad de ser contratada al finalizar las prácticas si te esfuerzas, buen ambiente entre compañeros, calefacción si hace frío, flexibilidad en los horarios, incentivos, respeto por la hora del café, etcétera. Todo cubierto por un manto de mentiras que en muchos sitios se aprovecha para sacar partido por encima de lo ético a esta figura del trabajo gratis y que se traduce en abuso y precariedad laboral. Creen que las becarias somos entes que vivimos del aire y que, cuando vamos a alquilar un piso, tomar un café o comprar provisiones al supermercado, no tenemos que abrir la cartera para pagar. Pero da la casualidad de que tenemos la mala costumbre y necesidad de comer, dormir y, de vez en cuando, salir a consumir al mundo capitalista. Pero, no, señores empleadores, con el salario emocional no se vive.

Si bien es cierto que no todas las empresas se ven bendecidas por la mala fe, la realidad es que muchas veces, y por experiencia personal, la figura del becario se interpreta como un esclavismo renovado y contemplado en el

Estatuto de los Trabajadores, con licencia para cargarte con trabajos ajenos, marearte y otorgarte connotaciones sexuales que el patriarcado empresarial machimonguer ha decidido asignarte si eres mujer becaria y encajas en los cánones de sus pajas mentales. Si el machismo en las empresas afecta a cualquier trabajadora sea cual sea su naturaleza, en la becaria se potencia: eres carne fresca para recibir comentarios soeces y de mal gusto sobre tu aspecto, comentarios sobre tu regla y tu futura maternidad, proposiciones sexuales y otras ofertas completamente fuera de lugar.

La explotación laboral del becariado no corre exclusivamente a cargo del hombre, también hay jefas que son piezas dignas de estudio. Unas arpías a las que habría que encerrar. Por ejemplo, cuando entré a trabajar en una startup de estudios de mercado donde participé con una beca de colaboración y posteriormente de investigación, me encontré con una jefa explotadora, además de paranoica y pirada. Mucho nombre bonito tenía la empresa, y en inglés, que suena mejor y no lo entiende nadie, pero salí de allí peor de lo que entré. Durante ese tiempo, éramos varios los esbirros en una oficina abohardillada de escasa luz, con visitas de otros emprendedores, postureos de fotocall y mentiras a los clientes a tutiplén. La llamada jefa nos mandaba trabajos ajenos a nuestras labores por los que cobraba miles de euros y no tenía ni idea de cómo llevar a cabo. Hacíamos jornadas de hasta doce horas sin levantarnos para ir a comer, teniendo que conformarnos con ensaladas preparadas de Mercadona en una mesa coja del zulo sin ventanas y con el techo inclinado. Acabamos yendo a juicio porque no nos pagó los gastos del autobús urbano durante el tiempo que duró la beca, unos ciento veinte euros por cabeza, y todavía estamos esperando a cobrar algo. Explotando y racaneando, que es gerundio.

La idea de creer que, después de las prácticas, vas a terminar con contrato o que esa experiencia de pringada invisible va a aportar algo a tu currículum a

la hora de seguir buscando trabajo tiene un valor incalculable. Pero la ilusión y la esperanza son lo último que se pierde.

EL MEJOR AMIGO DE UNA BECARIA EN LA EMPRESA: EMPATÍA CON EL MÁS PRINGADO

Toda becaria acaba haciendo migas en la empresa con el más marginado. A veces coincide en que se trata de otro becario, otras resulta que es algún trabajador que, por ser diferente del resto de los asalariados, empatiza más contigo y surge ese feeling especial de amistad que dura lo que el contrato o más allá. Es lo que yo llamo «la empatía de lo precario». Recuerdo con especial cariño a Damián, un trabajador de la segunda empresa grande en la que trabajé como becaria, donde desarrollaban software a medida y webs para fábricas metalúrgicas. Él era el chico de mantenimiento, llevaba tres o cuatro años allí, y cuando me incorporé, le cedieron un espacio en los servidores de la empresa para que se creara un blog random; no tenía un tema específico. Ahí se inició nuestra amistad, porque siempre me pedía ideas y opiniones sobre sus escritos. Damián era un chaval grandullón, de cabellos densos y ensortijados, tenía un peluche de un hipopótamo en la mesa, al lado del monitor. Pero su trabajo principal seguía consistiendo en encargarse de las reparaciones del día a día, fuesen de la naturaleza que fuesen. Tenía la tarjeta de Makro, una tienda para mayoristas, y conducía la furgó con el logo de la empresa. Pese a que cobraba más en ego que en salario, era un chicarrón feliz. Decía «Uf» en cualquier momento y circunstancia, como si estuviera agotado aunque se encontrara delante del ordenador preparando un post sin la menor fatiga. Siempre empezaba sus textos con un «Hola, amigos» a pesar de que no conocía a ninguno de sus lectores. Apenas tenía visitas y nadie pinchaba en sus

banners de publicidad de Google, pero era feliz intentando sacar rentabilidad a sus reflexiones.

Constituía mi único oxígeno para madrugar todos los días e ir a currar gratis, porque el ambiente era insostenible: mi labor consistía en enviar el newsletter semanal a los clientes mientras mi jefe me escribía mails y me llamaba a todas horas para preguntarme o pedirme cosas sin la menor importancia o urgencia. Ya no le bastaba con ganar dinero a mi costa como trabajadora sobreexplotada, sino que encima quería que fuese su esclava 24/7, aunque lo de saludar por las mañanas era ciencia ficción para él. Quizá por eso Damián me entendía tan bien. A él nadie le hacía caso: creaba grupos de WhatsApp a la mínima oportunidad, pero nadie escribía nada. Solo él. Por eso congeniamos tanto.

Un día en mi mesa de oficina, con una pata suelta y situada en el sótano, estaba muy agobiada porque no funcionaba el MailChimp y justo me vino Damián por la espalda, me tapó los ojos y me regaló una chocolatina de mi marca favorita. Fue un detalle precioso, sobre todo cuando, después de comérmela, me contó que venía de hacer la compra para la máquina expendedora del pasillo y que la había pagado con el dinero de la empresa en el Makro. Me lo confesó como si fuese un chico muy malo, de peli de James Bond.

Son esos pequeños detalles los que te hacen ir tirando hasta que te toca finalizar el contrato y por una utópica casualidad acabas contratada o te vuelves con lo puesto a tu casa.

En otra ocasión sufría una crisis grave porque alguien utilizó mi correo clandestinamente para enviar una publicidad mal escrita y con todos los destinatarios a la vista. Me echaron la culpa sin darme la oportunidad de defenderme, pocos días antes de que finalizara la beca. Estuve a punto de marcharme y echar a perder todo el tiempo trabajado, el título, los créditos y

la posibilidad de conseguir el puesto. En esos momentos estuvo Damián apoyándome con unos tragos de refresco y golosinas usurpadas de la expendedora del pasillo, y secándome las lágrimas con un rollo de papel higiénico de tres capas afanado en los aseos (un bienpreciado en aquella empresa, donde el jabón de manos también era ciencia ficción). Al final me quedé, finalicé la beca, me fui con el certificado, no me contrataron y salí ganando.

En mi ausencia, Damián investigó quién podía haber suplantado mi identidad enviando ese mail ilegal que casi tira por la borda mi beca y destapó al traidor de Guillermo, responsable comercial de zona, que acabó despedido tras descubrirse también que pasaba facturas al departamento Administrativo de gastos personales como taxis o tíquets del centro comercial por material de oficina y cuchillas de afeitar de 1,50€. Un jeta y un gran trabajo de mi mejor compinche.

Damián, el segundo precario en las filas en la empresa después de mí, se quedó solo, sin mi apoyo recíproco, y se pasó meses enviándome whatsapps en los que me decía cuánto me echaba de menos y que estaba engordando con las chucherías robadas que guardaba para mí porque yo no estaba allí para dármelas. Cayó en una depresión por la falta de compañía, empatía y apoyo, pero le duró poco porque es un tipo alegre y con mucha psicología en la mochila. Seguimos hablando, a veces quedamos y de cuando en cuando pincho en los banners de su blog para que le entre algún centimillo y compense la precariedad de su salario.

LA CONTRATADA A JORNADA COMPLETA

No puedo con la contratada a jornada completa. Cuando entré como becaria en

mi empresa actual, ella ya llevaba cinco años, todo un logro en estos tiempos del contrato temporal, precario y más corto que un suspiro. Pero encima tenía truqui. Al parecer, había entrado directamente con un contrato de duración indeterminada, con una nómina de 1.000 euros, a día de hoy actualizada en 1.300, y sin pasar la entrevista de postureo de rigor siquiera: era la novia de un amigo del jefe de la empresa y esos lazos no perdonan cuando se trata de hacer favores laborales sin importar los méritos, conocimientos o capacidades.

Milagros, como se llama la contratada a jornada completa, es precisamente eso: un milagro de la vida para sí misma y un grano en el culo para el resto de la humanidad, al menos en el trabajo. No puedes ser tan inepta y desagradable con tus compañeros y trabajar en una agencia de publicidad por mero enchufismo sin tener ni idea de dónde tienes la mano derecha. Milagros agota mi paciencia, porque su puesto de trabajo y su salario no se corresponden con las aptitudes que se le requieren, no es nada humilde y entorpece el trabajo de toda la empresa con su ignorancia y empanadillas mentales.

No tuvimos trato directo hasta que, en mi segundo mes como becaria en régimen de salario emocional, me vi las caras con el contrato indefinido a jornada completa de una, efectivamente, completa inútil. Sigo sin tener claro cuál era su labor en la empresa, pero siempre tenía algo que hacer de uno y otro departamento, sin ninguna tarea fija. Nuestra relación comenzó con las fotos de una empresa que había visitado y debía enviarme para publicarlas en su perfil de Twitter y sortear unos botes de jabón. Entonces ya me llamó la atención su forma de trabajar, porque cada vez que tenía que mandarme una imagen, por pequeña que fuese, me la pasaba por WeTransfer como si se tratara de un vídeo de medio giga o una colección de 500 fotos de 5 megas cada una.

A Milagros le habían enseñado a usar la herramienta de WeTransfer para

archivos pesados y ella siguió utilizándola para cualquier documento banal, en lugar de recurrir al correo electrónico de toda la vida y darle al botón de adjuntar, poner un asunto y enviar.

En otra ocasión, nos pasamos tres días con un trabajo parado porque ella era incapaz de diferenciar una imagen cuadrada de una rectangular, y debía diseñar unos flyers de una clínica de tratamientos de alopecia que a mí me tocaría enviar a la imprenta para poner en los parabrisas de los coches. Una cuestión de geometría básica que hizo que la empresa perdiera el cliente y me cargara a mí el muerto, la caja de pino y el sermón fúnebre.

La gota que colmó el vaso fueron unos cursos de coaching y motivación para aprender técnicas que mejoraran nuestro rendimiento, ya que los departamentos que sustentaban la existencia del imperio estaban pasando por un bache en la productividad. A Milagros y a mí nos emparejaron para los ejercicios prácticos derivados de las chapas que nos iban a soltar. El rollo corría a cargo de un vendehúmos que el jefe había conocido en un evento de networking, y el cual se pasó una semana tomándonos el pelo con frases motivacionales que había leído a señores extranjeros ya fallecidos, escritas encima de fotos de paisajes infinitos. Yo me harté de oír tonterías, y ya el primer día, cuando me levanté con intención de ir al baño, el coach me frenó diciéndome: «Debemos tener el control sobre nuestra mente y también sobre nuestra vejiga cuando lo que entra por nuestros oídos es más importante que lo que va a salir por nuestra uretra. Espérate y luego meas».

En ese momento se me pasaron por la mente el coach, la contratada a jornada completa, el salario emocional, la vida, la muerte y el Más Allá. Milagros se tomó la licencia de darme clases de saber estar, motivación, positividad, creatividad y el poder femenino que había leído en un libro de un magufo de la meditación que compró en un mercadillo de segunda mano por un euro. (Por cierto, cada una de esas frases positivas me las decía como si yo

fuese la peor persona del mundo, prácticamente a gritos, y luego no tenía problemas para hablar mal de mí con el jefe.) Me harté y le recordé que primero aprendiera a enviar fotos de poco peso por mail, a diferenciar un rectángulo de un cuadrado, y cosas que fuesen necesarias para desempeñar el trabajo por el que cobraba, y se dejase de tonterías.

Resulta muy frustrante que se aprovechen de tu trabajo, que te exploten, pero es aún peor ver que tienes una compañera con un salario digno para vivir y que no sabe hacer una O con un canuto, que no pierde oportunidades para tratarte mal, que no tiene ni el 25 % de tu formación ni aptitudes.

Y, por último, un consejo a los trabajadores a jornada completa que desdeñan a nuestro gremio: l@s becari@s no son tus esclavos y merecen respeto. Muchos de vosotros también lo fuisteis y vivisteis el salario emocional, así que empatizad y apoyad nuestra causa, que es la de todos. ¡Y la de todas!

MATERIAL DE OFICINA IMPRESCINDIBLE PARA UNA BECARIA

Estos son algunos de los utensilios que necesitamos las becarias para sobrevivir en una empresa y hacer más llevadera la delirante jornada de oficina entre lo que deberíamos estar haciendo, lo que nos han pedido que hagamos y lo que realmente hacemos:

BOLAS CHINAS: esferas médicas de silicona para fortalecer el suelo pélvico con cada espasmo cuando el jefe te pasa tu nómina de 0 euros y que tus paredes vaginales no pierdan fortaleza ni elasticidad.

BOTIQUÍN: ataúd de hojalata del que no sabes si vas a salir viva o muerta con

analgésicos, antiinflamatorios y otros fármacos para el dolor de cabeza con fecha de caducidad borrosa o sin determinar.

CAFETERA: dispensador de cafeína portátil para hacer las jornadas laborables de treinta horas más soportables.

CARGADORES: aparatos electrónicos de primera necesidad para cargar móvil, portátil, paciencia y otros artilugios con vibración relacionados de forma indirecta con la productividad en el puesto de trabajo.

CINTA AMERICANA: celo ancho para precintar cajas y tapar alguna que otra boca que se ría de tu salario emocional y no valore tu creatividad.

CONTRATO: ser mitológico que no se corresponde con la realidad. Es el unicornio del mundo laboral.

DILDO: Objeto Vibrador No Identificado para momentos de máximo estrés laboral, que lo mismo te sirve de pisapapeles que para desahogarte sin utilizar las manos y que parezca que sigues trabajando.

EDULCORANTE: azúcar fake en formato blanco empolvado que endulza pero no engorda, indispensable para la sobredosis de café diaria.

ENSALADA PRELAVADA: base de la pirámide alimenticia fundamental de una becaria que se come en la misma mesa del ordenador, con algunos ingredientes que se repiten en el gintonic que te vas a cascar en el afterwork.

ESTATUTO DEL BECARIO (Y LA BECARIA): código alegal que recoge los trabajos forzados a los que se somete al becariado esbirrado.

GRAPADORA: artefacto que sirve para grapar y arma arrojadiza contra el jefe cuando pida trabajos para antes de ayer.

IMPRESORA: hardware del diablo que hace magia y brujería, pues imprime cuando no quieres nada y no funciona cuando más la necesitas.

KAMASUTRA: libro de ergonomía avanzada para adoptar las mejores posturas laborales en el puesto de trabajo e ir con la espalda bien enderezada.

LÁPIZ XXL: elemento de escritura de dimensiones desmesuradas para tomar grandes notas y sacar punta a todo sin que se te pase nada.

MASAJEADOR: espantapájaros de alambres que lo mismo te masajea el chakra craneal que te sirve para batirle la huevada a tu jefe el Día del Juicio Final.

ORDENADOR: equipo informático heredado de los últimos 400 becarios, con el sistema operativo desfasado y sin antivirus. Todas las semanas requiere la asistencia de un informático que sale más caro que comprar uno nuevo. Superviviente del Efecto 2000.

ORDENADOR PORTÁTIL: aportación personal para no dejar de trabajar a sabiendas que el ordenador de la empresa va a fallar.

OUIJA: artilugio de conexión avanzada para comunicarse con antiguos becarios precarios que estuvieron en tu mismo puesto y velan por ti, advirtiéndote de los peligros que acechan.

«PONGO OFICINERO»: extravagancia decorativa en la mesa coja de la oficina para hacer más leves las explotaciones matutinas.

POST IT: papelinas de colores con pegamento de duración limitada que lo mismo te valen para recordatorios importantes que para olvidar los recados urgentes de la jefa opresora.

REPOSAPIÉS: peldaño para apoyar la extremidad podal cuando empiezas a notar los efectos en la circulación sanguínea tras varias horas sin moverte de la silla. No apto para becarias con tacones de aguja.

SMARTPHONE: dispositivo móvil personal de extrema necesidad para ratos muertos o como vía de escape cuando necesitas aislarte en las redes sociales, WhatsApp u otras apps para ligar.

TARJETERO: archivador para tarjetas de visita de clientes guapos en formato cartón o celulosa con objeto de contactar con ellos por cuestiones laborales y lo que surja.

TAZA: recipiente para la toma de café con una frase fatalista que enfade a las

compañeras flower power fans de frases moñas y horteras.

TELÉFONO FIJO: artefacto de comunicación vintage para cuando necesitas hacer una llamada interna o corporativa y le toca pagar a la empresa. Válido también para llamar a tu madre y contarle tus dramas laborales sin rascarte el bolsillo.

TÍPEX: ungüento blanquecino que aplicas en los errores y para hacerte la manicura francesa en caso de no llevar esmalte.

3

PAREJOS O CÓMO SOBRELLEVAR
LA VIDA DE BECARIA



Dicen que el amor es ciego, pero yo creo que hay que estar muy cegata para enamorarse. Aun así, personalmente he caído, no ciega pero sí con una leve miopía, y nunca prolongada.

Mis relaciones siempre son intentos, no infinitas, aunque tampoco suspiros. Nunca lo he consultado con un profesional, pero seguro que mi manera de vivir las relaciones tiene un nombre en los tratados médicos: invalidez emocional. No es que me enamore, me enchocho, me encapricho con cierta facilidad, me gusta alguna cosa concreta de cada persona que me vicia, pero pronto pierdo el interés. Algo pasa pues la fecha de caducidad está cantada. No son ellos, ni ellas, soy yo. Aunque con ellas me pasa menos de lo que me gustaría. He tenido pocas relaciones que hayan superado los dos meses. Por lo general, rondo dos o tres semanas desde que se establece el vínculo hasta que concluyo que mejor «tú para Mordor y yo para Benidorm». O al revés, lo importante es que cuanto más lejos, mejor.

No creo en el romanticismo, no creo en San Valentín, no me gustan las flores, no me gusta que me regalen perfumes ni cosas que podría regalarme una amiga sin derecho a roce o mi madre. Odio los bombones, lo clásico, lo convencional.

Tener pareja está bien si sabes cómo y con quién. Me parece un gran error

aferrarse a un novio/novia/marido/mujer por encima de todas las cosas. Los amigos y la familia son para toda la vida, si los cuidas, pero las parejas vienen y van, no se detienen. Y cuando se detienen, en muchos casos, no se corresponden con la verdadera voluntad de las partes. Ya se sabe lo que abunda la hipocresía sentimental, social y sexual, por lo general. De ahí que las apps de contactos para infieles lo peten en la App Store.

Sí, creo que en la variedad está el gusto y en que hay que probar de todo hasta dar con lo que más encaje, si es que encaja algo. Pero tampoco vamos a sacar un pasaje directo a Utopía sin billete de regreso, porque está claro que cuesta encontrar a ese alguien que tenga todo lo que necesitas o te gusta en una persona. Tampoco entiendo el problema; siempre puedes ir componiendo una vida social y sentimental múltiple.

La sinceridad, siempre, ante todo. La exclusividad existencial no existe. Igual que un día puedo ir con Francisco o José Luis al cine o a cenar, otro simplemente me quedo en casa hidratándome los pliegues.

Yo creo que lo importante es hacer lo que te pida el cuerpo en cada momento, sin casarte con nadie. Ni literal ni metafóricamente. Sin ataduras, sin condiciones, sin compromisos ni obligaciones. Y así sigo, como en mi vida laboral, de trabajo en trabajo, sin compromiso y sin contrato fijo.

Durante mi contrato de becaria en la agencia de publicidad, derivado de mi puesto más social y público, he conocido a mucha gente, más chicos que chicas, con los que he ido estrechando lazos con el paso de los meses y, con algunos, he llegado a vivir alguna experiencia para enmarcar. Estas y otras relaciones las he madurado (y enterrado) durante las semanas de baja emocional que cogí en la empresa para aclarar mis ideas profesionales y personales. Con más sexo que amor, me ayudaron a ver la vida con mejor perspectiva, sobrellevar la dura faceta de becaria entre presiones y salarios

emocionales, y pude volver a trabajar de nuevo con toda la energía necesaria en la agencia.

A continuación, entonces, una lista de estos «amores» que me permitieron sobrellevar la vida como becaria.

EL FRIKI

Pasó un día por la agencia para pedir precios del alojamiento para unos podcasts. Tenía una radio online con unos colegas míos en la que hablaban de pelis fantásticas, cómics y libros para minorías (y tetas grandes, para qué negarlo). Después de las gestiones comerciales, me tocó a mí asistir a uno de sus programas. Fue un caluroso día de verano en una grabación al aire libre, a treinta grados, con sudor, lágrimas y arrepentimiento por no haberme quedado en casa planchando bragas.

Iba acompañada por el becario Manel, quien se refirió a mí como «la community manager de una casa de masajes tántricos», y claro, fue oír «tántrico», relacionarlo con «oriental», y al chaval le brillaron los ojos como un árbol de Navidad. David era alto, delgado, paliducho, con barba de semana y media y pelo denso. Aparentemente tímido, soltero, tenía cara de no haber roto un himen en su vida. Era amante del manga, instalador de fibra óptica, fan de Marvel y aficionado a la pesca en sus ratos libres.

Manel se fue pronto y yo me quedé más sola que la una y no sé cómo pasó, pero el caso es que acabé de bares con David. Él y yo, y un libro sobre anime erótico que acababa de encontrarme en un tren de Renfe y que aseguré que estaba leyendo para hacerme la interesante. Casi sin saber cómo nos llamábamos, nos pusimos a hablar de monstruos tentaculares y una planta en forma de vagina que suelta un líquido parecido a la sangre y atrae a los

hombres. Todo muy normal. Yo llevaba dos téis verdes con hierbabuena y las típicas galletas con aceite de palma que ponen en los bares, por lo que le sugerí que tomáramos algo más sano, como unos gintonics, y siguiéramos hablando de maravillas japonesas de las que yo no tenía ni pajolera idea. El alcohol me ayudó a asentir a todo con cara de sumo interés, pese a que mi mente ya iba por otros derroteros y me estaba conteniendo para no decirle que no me comiese más el tarro, que tenía otra cosa que iba a gustarle mucho más. No obstante, me callé..., tampoco quería intimidarlo y no debía olvidar que nuestro encuentro era laboral, aunque eso no me tenía demasiado preocupada.

Medio borrachos, acabamos en su casa viendo un anime sobre una chica que está enamorada de un chico pero no se atreve a decírselo y se adentra en una tienda que vende sueños secretos en la que una máquina de realidad virtual permite que dos amantes se unan, y al final se convierte en una pesadilla en la que la chica es humillada y violada por su amante secreto. A la chica le colocan piercings en los pezones, clítoris, ombligo, nariz... y, unidos por unos cordeles, la dejan suspendida en el aire. Yo habría salido por patas de no ser porque le había contado que escribía críticas sobre cine machista y me lo había puesto por si me interesaba para mis trabajos.

Me invitó a comer sushi, chipirones y pan de avena orgánico, y me enseñó su colección de libros y pelis. Me fui a mi casa muerta de sueño, con la sensación de haber tenido una de las primeras citas más raras de mi existencia y sintiéndome un poco anormal.

Pasaron dos días y no nos dimos señales de vida. Yo andaba más liada que la pata de un palomo cojo y supuse que, entre seres demoníacos tentaculares, la fibra óptica y su caña de pescar, él tendría mejores cosas que hacer. A las pocas semanas, coincidiendo con mi baja emocional, me envió un whatsapp para decirme que se había descargado de internet una nueva serie parodia de *Mazinger Z* y, claro, cómo le iba a decir yo que no me apetecía nada ver la

parodia de serie B de un personaje al que jamás he visto porque no he sentido el menor interés. La culpa era mía por haberle hecho creer que me gustaba ese material del submundo del averno... Y de mi empresa por mandarme ir a los trabajos de clientes que a nadie le interesaba cubrir.

Me acerqué a su casa con un objetivo claro, y no era ampliar conocimientos sobre *Mazinger Z*, *El gigoló Dochinpira* o *Ninja Scroll*. Llegué, nos saludamos, me tiré en su cama para hacer como que leía un cómic (no se me ocurrió otra forma de llevarlo a mi terreno), le di un toque en la pierna y lo despanzurré contra el colchón. Nos magreamos sin mediar mucha palabra, lo cual me dio a entender que tenía más ganas de mí que un conejo de hincar el diente a una zanahoria. El tío estaba más rico de lo que esperaba y acabé despatarrándome dos horas y soltando agua como la fuente de Cibeles tras una victoria del Real Madrid. Nos dieron las tantas y yo tenía que marcharme porque al día siguiente trabajaba redactando un artículo del sexshop de mi faceta secreta sobre un nuevo cachivache vibratorio de silicona con tres cabezas y debía probarlo sola y dormir algo. Al final me levanté con unas ojeras hasta las rodillas, pero con un regusto entre las piernas que hacía tiempo que no tenía. ¡Joder con el friki! No paraba de pensar en esquivar a sus personajes fantásticos y echar un par de polvos más.

Y así comenzó nuestra historia de amor de medio mes, sin contar los miércoles, porque él tenía congreso de rol en no sé qué cervecería de su barrio. Repetimos encuentro y, para que se sintiera en su salsa, valga la redundancia, llevé un plug anal de látex verde muy marciano y unos preservativos que tenía a punto de caducarse. Nos pusimos en plan y, cuando ya la tenía como el palo de una bandera, cogí uno de los condones especiales que había colocado bajo una lámpara para que se cargara con la luz y se lo puse. Y entonces sí que casi lo flipa, porque le brillaba como una espada láser. ¡El preservativo fluorescente funcionó! ¡La lámpara lo llenó de luz! No

la había visto más gorda en su vida y estoy segura de que aún se masturba pensando en ese momento. Ahí aprendí lo fácil que era hacer feliz a un friki.

Nuestra relación se convirtió en una bonita historia de amor friki en la que siempre introducíamos algún elemento que no se le ocurriría a nadie normal, como los preservativos fluorescentes o figuras de goma que tenía en las estanterías y a las que yo rápidamente encontraba mejor destino que el de acumular polvo. En un momento dado, le surgió la oportunidad de acudir a una Comic Con. Decidió coger una semana de vacaciones en su trabajo como instalador de fibra óptica para ir al sarao. Yo lo acompañaría una tarde vestida de cosplayer, de Superwoman con minishorts, ajustada como un fiambre y con un pelucón rubio que ni Pamela Anderson en *Los vigilantes de la playa*. Allá donde fueres, haz lo que vieres.

Yo ya había estado en alguna Comic Con como voyeur, pero no en el meollo del asunto. No voy a negar que no me veía tan ridícula con aquellas pintas entre tanta gente vestida «normal». Pero así y todo me sentía observada, se me acercaban desde chicos de quince años hasta señores de sesenta y cinco para pedirme fotos y me preguntaban cosas que me sonaban a chino. Reconozco que tampoco me lo pasé mal, incluso hice una amiga que iba vestida de elfo sexy y vivía aquello como quien reparte yogures gratis en el pasillo de los lácteos de Carrefour.

Aquella tarde perdí de vista a David cuando estaba haciendo cola para que le firmara un cómic un ilustrador de Marvel venido a menos, ¡que encima cobraba quince euros! Ya se había dejado unos doscientos entre ediciones especiales, figuras, ilustraciones y dedicatorias. «Estás zumbado», le dije y me piré.

Durante la semana que duró el evento friki, apenas supe de él, y la relación se enfrió. Luego me enteré de que se había puesto celoso porque acepté hacerme fotos con los espontáneos que se me acercaban. ¡Celos! ¡Mal

presagio! Había ido con él a la Comic Con, a librerías de cómics, a pescar chipirones... Lo había acompañado en esas aficiones aburridas de cojones, siempre follaba igual y acabé pasando de él por muermo. No me inspiraba emociones fuertes. Permanecía aletargado como una seta que pescara cefalópodos, así que aquella relación tenía el futuro más negro que la tinta de un calamar.

EL HÍPSTER

Nos conocimos en un bar ecológico dogfriendly, en una charla de economía colaborativa que daban unos clientes de la agencia de publicidad. Yo no había trabajado directamente con la empresa en cuestión, pero me invitaron de todos modos. Una compensación emocional más que sumar a la lista. Ya se sabe que, en el 95 % de los casos, estos saraos de empresa consisten en vender humo y largar chorradas que no interesan a nadie. El truco está en invitar al máximo número posible de personas para que hagan bulto y alardear en las redes sociales de lo bien que estuvo y toda la gente que había, con fotos de postreos networking para dejar constancia. En resumidas cuentas, fui por compromiso y porque había canapés veganos gratis (eso faltaría). Allí estaba Jorge, el que sería mi amigo especial con derecho a noviazgo unas semanas después. Era amigo de Blas, uno de los ponentes, y también estaba en el green bar por compromiso. Pocos motivos hay en la vida que unan más a dos personas. A primera vista no creo en nada que no sea un buen revolcón con final feliz múltiple, pero reconozco que con Jorge se me puso el garbanzo a trescientas revoluciones por minuto, un indicador fiable de que el chico tenía algo especial.

Era de una belleza hipsteriana, es decir, con mucha barba y muy sexy,

aunque a día de hoy sigo sin saber cómo tiene realmente la cara. Moreno, ojos castaños, treinta y un años, tatuajes setenteros, camisa de flamencos verdes, zapas y pantalones de pitillo que dejaban intuir un culo majísimo. Hay culos de tío que merecen sala propia en el Reina Sofía. Empezamos a hablar cuando me acerqué a la barra a por algo de picoteo rápido para matar el hambre y ambos nos debatíamos entre qué delicatessen verde degustar. Nunca pensé que un pincho de espinacas con confitura de berza y un toque de albahaca supondría el inicio de unaseudorrelación como la que surgió.

Al final, entre el escaso interés por las ponencias y la cata de pinchitos veganos, nos pasamos la presentación entera al fondo del bar y no nos enteramos de gran cosa. Tuvimos tiempo de ahondar en gustos y aficiones y, cómo no, intercambiamos teléfonos. Jorge me dio una tarjeta muy moderna con sus veinte redes sociales personales y profesionales, por si me costaba localizarlo. «Igual le he molado», pensé. El sentimiento era tan recíproco que anoté mi móvil en una servilleta y se la metí en el bolsillo del vaquero más próximo al paquete, sin que resultase demasiado evidente adónde quería llegar. Fue un momento vintage.

Volvimos a quedar varias veces para tomar algo en bares llenos de tíos con barba, libros y sillas de colores. Todo muy sano y cultureta, de postureo. Iniciamos una relación de amigos que compartían pelis, literatura, gintonics, cama y, lo más importante, la clave del wifi. De té rancios ya estaba hasta las trompas de Falopio. Debo reconocer, sin embargo, que lo que más me enganchó a él fue su perrete. Jorge decía que quedaba con él por su perro, y hoy debo darle la razón. Es que era un perro precioso. Cuando él no podía o estaba cansado, yo lo sacaba a pasear y luego le contaba todo lo que ligaba en el parque y en Twitter cuando subía sus fotos. Aunque parecía no importarle, sabía que en el fondo se ponía celoso y me daba cierto morbo tocarle las narices con eso. Celos, ya ves tú qué tontería.

Lo más importante de nuestra amistad después del perro era el sexo. Jorge tenía ese algo especial, un combo entre su buen olor, su atractivo físico e intelectual y una habilidad sexual que me dejaba con ese regusto de orgasmo.

Algunos de los polvos más especiales, por raros, tuvieron lugar cuando quedábamos en su huerto ecológico y follábamos en la caseta de aperos comunitaria. Él tenía alquilada una miniparcela donde plantaba hortalizas por hobby y por pasión por la verdura fresca, libre de productos químicos y recolectada con sus propias manos. A mí me parecía un asunto interesante, pero no para dedicarle demasiadas horas de mi tiempo libre. Follar diferente, sí, pero una vez que lo has hecho cuatro o cinco veces en la misma barraca entre herramientas punzantes de labranza, con olor a hierba y escasas comodidades, pierde la gracia. Aun así, seguía quedando con él, aunque iba tomando más distancia, porque ese tipo de follaje natural no terminaba de encajar con mi rollo de sábados tranquilos.

Yo no entendía por qué tras un mes de relación con todos mis rolletes me sentía desganaada, aburrida, a medio llenar. No dejé de verme con Jorge, pero la relación se limitaba a entrar por la puerta de su casa, «hola, qué tal», tirarme encima de él en el sofá, buscarle el bulto en los vaqueros y llevarle la mano por debajo de mi falda para que comprobara que no llevaba bragas, que tenía una fuga importante y que requería una asistencia de urgencia con su boca. FIN. Y, por supuesto, yo seguía a mi rollo cuando no quedábamos, porque él necesitaba su espacio, y yo, llenar mis huecos.

El detonante de nuestra «ruptura oral», es decir, lo que quedaba de nuestra relación, llegó el día que me dijo que no pensaba salir y nos encontramos en el monólogo gratis de un tal Rober Bodegas. Yo estaba allí con otro amigo, compartiendo cóctel, pajita y pajotes, cuando nos encontramos en el cruce de los baños y me saludó con una cara de estreñido que nadie habría dicho que

era crudivegano, ecofriendly y socio de Greenpeace. ¡Nada, que lo pillé mintiéndome, y él a mí con la lengua en boca ajena!

Pillarte por alguien no está mal mientras seas consciente de que, si la relación no funciona pero te gusta un rasgo concreto de esa persona (en mi caso con el hípster era su buen paladar, ya me entendéis), lo aprovechas en beneficio propio sin engañar ni hacer daño a nadie. Pero al hípster se puso celoso, y eso aburre. Porque tu libertad es tuya, y hay que disfrutarla con uno, con otro, sobre todo con quien elijas...

FISIO DE DÍA, POETA DE NOCHE

Era invierno, y yo estaba muy tocada de la espalda y un ligamento. El trabajo de oficina de becaria, inevitablemente, acaba repercutiendo en la espalda. No hay forma humana de trabajar con horario indefinido y mantener una postura correcta que no acabe contracturando las vértebras o dejando la columna vertebral como un gusano. Mi fisioterapeuta habitual acababa de mudarse a otra ciudad por amor y me había dejado totalmente desamparada. Vista la situación, tuve que sacarme las castañas del fuego y, entre llama y llama, acabé en la clínica de unos desconocidos a diez minutos de mi casa. No tenía ninguna referencia de ellos, pero fue un acierto a primera vista. La clínica era de una pareja, dos chicos, y un amigo de ambos. En la primera sesión caí en las manos de Xavi, el amigo, que al cabo de unas semanas después también sería mi amigo y alguna cosa más.

Xavi era un chico rubio de veintitantos, con barbita y ojos verdes, delgado, de músculos definidos, y muy simpático. Nada más entrar en la cabina de tratamiento, ya me debatía entre realizar la sesión de fisioterapia o canjearla por una cita de café, té verde o gintonic y lo que surgiese. El culmen de mis

desviados pensamientos llegó cuando empezó a auscultar mis dolencias musculares y, por extraño que parezca, me excitó con el análisis. Era la primera vez que me ponía cachonda en una situación parecida, y es que el cuidado que ejercía con sus manos sobre mi cuerpo no era para menos. Me dio mucha confianza gracias a su conversación y amabilidad mientras me presionaba los puntos de dolor, subyugada con sus manos prácticamente sobre mis bragas. Una vez en el ajo, lejos de sufrir mientras me deshacía las contracturas, yo reconvertía todo el dolor en placer. Él no entendía que no me quejara, y tampoco era plan decirle que me estaba poniendo el clítoris como un moái de la Isla de Pascua.

Salí de la primera sesión con la espalda y el ligamento de la pierna derecha hechos un Cristo, pero en vías de recuperación. Casi me daba pena librarme de los males, porque tendría que seguir buscando excusas o lesionarme a propósito para volver a caer en sus manos. Nunca creí que acabaría pagando para que un tío me palpara a fondo (aparte del ginecólogo).

Me pasé la semana hasta la siguiente sesión pensando en él, en cómo sería su vida, cotilleando en sus redes sociales, para ver quién era, si teníamos amigos en común, en qué círculos se movía, etcétera. Todo por mera curiosidad, sin intenciones tóxicas, mucho más sano que cuando los departamentos de Recursos Humanos buscan a los candidatos en Facebook para ver de qué pie cojean y joderles la vida por la foto filtrada de una borrachera. No descubrí gran cosa, porque tenía todos los perfiles al máximo nivel de privacidad. Intuí que le gustaban el mar, la montaña y las fotos a contraluz. Totalmente anodino. El martes siguiente volví a la consulta de Xavi para valorar la mejoría y continuar con el tratamiento, ya con miedo a que notase que entre sus manos y mi imaginación había algo mucho más fuerte que dolores musculares.

La sesión siguió su curso sin sobresaltos más allá de mi inquietud sexual,

sufrida en silencio. Él me tocaba con la mayor profesionalidad del mundo, pero yo no podía evitar interpretar aquellos masajes como unos de los toqueteos más eróticos que he vivido en mi vida. Me oigo a mí misma y siento que estoy hablando como una adolescente virgen que no ha conocido paloma. Volví a salir dolorida pero relajada, relajada pero en un estado indescriptible e inexplicable para mi edad. Aquel día, para mi desgracia, o suerte, a juzgar por los acontecimientos posteriores, llovía a mares. Xavi tenía que continuar atendiendo a sus pacientes y me dejó un paraguas para que no me mojara. Más de lo que estaba.

Al cabo de unos días ya me sentía nueva, sin mis averías corporales, y lo llamé al teléfono de la clínica para comentarle que estaba bien pero que, por favor, me diese una cita para devolverle el paraguas. Me dijo que podía pasarme esa misma noche por su «Jam Poética» en un bar de la zona. Me contó que acababa de sacar su tercer libro de poemas y que tenía presentación. Antes de colgar, añadió: «Y el paraguas puedes dejarlo en tu casa». No sabía si lo había dicho para que me lo quedara o para recogerlo luego.

Me acerqué al bar. Era la primera vez que iba a un sarao poético, y encima sola. No podía sentirme más *loser*. Aquello parecía la convención de un ídolo de masas intergeneracional: chochos mareados de entre 15 y 55 años dando codazos por salvar dos centímetros de distancia con el escenario. Los versos no entienden de edad y, visto el percal con mi futuro Bécquer urbano, que rimen es una nimiedad.

El recital comenzó con la presentación por parte de una camarera. No entendí nada porque las cosas del amor con dos giros de rosca ya suponen un esfuerzo que mi cerebro es incapaz de tolerar. Y allí salió Xavi, en vaqueros y con una camisa de cuadros de manga corta. Mucho más guapo que con el mono blanco de la clínica, dónde iba a parar. Inició el sarao recitando no sé qué historias «del mar, las olas, el desamor, que te fuiste y no volviste, yo sigo

aquí como si nada y hasta siempre si no te vuelvo a ver». Por un momento pensé que esa moñada acabaría curándome del enchochamiento que tenía por culpa de sus manos.

Aquello era un sopor y me puse a investigar las redes sociales que aparecían anunciadas en el cartel del evento. Eran las de su alter ego poeta. Me parecieron una horterada sin límite. Versos mal rimados pero siempre con una legión de groupies dando continuación a sus palabras de desamor sin sentido. Miles de seguidores entre Facebook, Twitter, Instagram y Poetgram. Pero ¿en qué locura del coño acababa de sumergirme?! No quería ser una más de aquella ida de olla desesperada que encima no me gustaba nada. No seguí el recital porque me había quedado muerta con el moñas de tío que tenía ante mis ojos, con el que me había masturbado no menos de treinta veces.

Cuando por fin terminó aquel ñordo poético, no me largué por respeto, aunque apenas le di opción a preguntarme qué tal, porque ya se sabe qué compromiso supone que alguien te invite a un evento propio que te parece una mierda y te veas en la incómoda situación de contestar que ha estado «bien» con la boca pequeña. Su existencia tampoco me interesaba lo suficiente para ser sincera y esforzarme en un análisis profundo que evitara ofender.

Y, nada, que mientras yo intentaba no parecer una loca del coño más haciendo cola para que me firmara una teta, se puso a hablar conmigo más tiempo del que yo tenía previsto dedicarle y al final no pude resistirme a sus encantos ni marcharme. Me pidió quince minutos para atender a una gente y me propuso ir a tomar algo al bar de un amigo suyo. Como si fuera una gran estrella huyendo de la masa para poder vivir su vida normal. Qué coñazo, de verdad.

Siempre que cuento esta historia a mis amigas, se sienten decepcionadas, porque se me seca la boca detallando todo lo que sentía al principio y lo que vivimos luego fue casi nada. Aquella noche tomamos gintonics y me habló de

su doble vida como fisio de día y poeta de noche. Yo seguía descolocada, porque si me dijeras que era DJ o miembro de una banda de rock —algo más acorde con el virtuosismo de sus manos—, vale, pero POETA... Llámame poco romántica, pero no había por dónde cogerlo. Por la gloria del alcohol, me abrí de par en par y me fui de la lengua confesándole mis calores intrauterinos desde que habría franqueado la puerta de la clínica y me había puesto las manos encima. Y que nunca imaginé que un tío que tocase tan bien tuviese más fans por unos versos que por algo que implicase usar las manos. ¿Y qué iba a pasar? Pues que fuimos a mi casa «a por el paraguas», hablamos mucho, practicamos diferentes estiramientos y ninguno de los dos se acordó ni por asomo de recuperar el paraguas ante el temporal que se avecinaba.

Desde aquel momento, pasó lo que tenía que pasar: las tres semanas siguientes nos vimos día sí y día también, me masajeaba con final feliz y gratis, y me sirvió para constatar esa frase moñas de que los sueños pueden cumplirse. Todo se hizo realidad más allá de lo imaginable. Y duró lo que tenía que durar. Es decir: lo que dura el suspiro al quitar una contractura clitoriana.

EL MANSPLAINER

Todas las historias cuentan con una entradilla, un nudo y un desenlace o salidilla. Las mías siempre tienen una salidilla de principio a fin y un desenlace casi sin empezar. Lo que no entiendo es que con JoseMari llegara a un nudo que no fuese en el estómago y ya. A veces te preguntas cómo es posible que una amiga (o amigo o lo que sea) esté con una pareja que la menosprecia, que la humilla en público o cualquier otra cosa que resulta poco atractiva a ojos de los demás y apunta a ceguera de una misma. Lo que tengo

claro es que, detrás de toda relación incomprensible, puede haber motivos más complicados que ni la «víctima» sea capaz de averiguar por más vueltas que le haya dado en el tiempo.

Vale, pues algo así me ha ocurrido. He caído en numerosas relaciones tóxicas sin darme cuenta y, cuando me he dispuesto a salir de ellas, he acabado como un chimpancé que emerge de un contenedor de basura con una monda de plátano en la cabeza. Más despeinada todavía, vale, pero marcando tipazo.

JoseMari ha sido uno de los mansplainers estrella de mi existencia, y en estos casos, debes dar gracias a la vida por tropezarte con alguno de estos especímenes para saber de primera mano qué es y lo que se siente. A estas alturas de la película, todo el mundo está al tanto de que un mansplainer es un tío que te explica cosas, cosas que generalmente tú ya entiendes y mejor que él, que te explica tu trabajo, materias de exámenes que ya has aprobado, teorías cuánticas que tú has inventado y todo en general. Era tan mansplainer que incluso me explicaba qué era el mansplaining. Así aprendí su significado con mi primer novio mansplainer, JoseMari. Siempre decía entender de todo sin tener ni puta idea de nada.

No sé cómo terminamos juntos al poco tiempo, porque lo odié nada más conocerlo. Fue como algo adictivo a la vez que enfermizo, siempre acabábamos discutiendo pero se nos pasaba con unos porrazos en la epiglotis. Craso error, por cierto, lo de echar una cortina de polvareda ante las discusiones o problemas mediante el sexo. Follar solo arregla las ganas de follar, vicio por vicio, placer y ya, no es el antídoto mágico que revierta cualquier polémica, mal rollo, diferencia personal o de opinión. Y relaciono la toxicidad con el mansplainer porque, si bien estas cualidades no van necesariamente unidas, en mi caso han ido muy de la mano. Semejante *explicatodo* me ha contaminado mucho. O me he dejado contaminar, como me han indicado otros mansplainers.

Nos conocimos en un foro de contabilidad que me empaquetaron en la agencia porque una de las chicas de Administración estaba de baja maternal, y aunque a mí no me iba a servir para nada en el puesto, supongo que de alguna manera tendrían que quedar bien con mis superiores. Y allí me tocó de profesor JoseMari, este mansplainer de manual. El contable gordo de Petete. Era de mi ciudad, coincidió que teníamos a gente del sector en común y todo fue un cúmulo de circunstancias laborales, sociales y espirituales que acabaron uniéndonos hasta descompensar nuestros balances de caja de forma desorbitada. ¿Que por qué me enganché a un tío del que todavía no he dicho nada bueno? Supongo que porque al principio me engañó un poco con su humor y fue aumentando gradualmente su nivel de hombre explicador de cosas. Tenía cinco años más que yo, lo que ya le dotaba de una gran capacidad para sentirse un señor padrazo, un experto de cualquier cosa a mi lado, dada la diferencia de edad y la experiencia y conocimientos que le había proporcionado la vida. No llegaba a los treinta, pero vestía como un señor. No importaba el día, la hora o el evento que fuese, si tocaba eclipse solar o de luna, él siempre iba con su aspecto de trabajador de banco, de profesional liberal con horario flexible.

En un principio, dejando de lado la contabilidad y las finanzas, fuimos a varios monólogos. Debo reconocer que, como gran fan que soy de los recitales de humor, tiendo mi mano y hasta el hombro a quien comparte esa afición, pues no resulta fácil que cualquier novio esté por la labor de acompañarme sábado sí y sábado también a ver a un tío, en la mayoría de los casos loser, que cuenta chistes malos en el escenario de un bar cutre. Si el monólogo es un poco más TOP, con suerte tiene lugar en un bar decente o en un teatro, pero eso ya es más complicado. Recuerdo que nos tiramos un mes yendo a un ciclo de monólogos gratis organizados por un bar al que no iba nadie, pero lo llenaban los relaciones públicas del antro sobre la marcha invitando a la gente a un

descuento de cincuenta céntimos en las consumiciones. Ya sabemos que en este país, por la cultura y el humor, no, pero por un descuentazo de medio euro, la gente se apunta a un bombardeo. Total, que nos tragamos unos recitales malos de la leche, pero las lágrimas que me resbalaban por las mejillas a borbotones no las olvidaré jamás.

Con el tiempo, entre sarao y sarao, JoseMari iba intercalando su verdadero «yo» explicador de cosas. No me explicaba nada porque pensara que sería mejor para mí, sino que, según su discurso, yo adoptaba siempre la postura equivocada y él no podía imaginar cómo lo hacía. Me explicaba cada cosa de mi trabajo. Me explicaba cómo funcionaba la teoría de la mermelada de fresa encima de la mantequilla en el pan integral con fibra que me había inventado yo una fría mañana de invierno en mi casa. Lo que peor llevaba era que me explicara el funcionamiento de algunos cachivaches sexuales, cuando yo, en mis ratos libres, era bloguera de un sexshop online en el que probaba, explicaba y recomendaba marcas de juguetería sexual y los artefactos que más me llenaban. Incluso se atrevía a explicarme cómo tocar a una tía cuando yo había tenido que darle un manual tamaño sábana de mi clítoris para que acertara con los movimientos y la presión del botón.

Como fue todo muy «poco a poco», al principio no me daba cuenta de su condición de mansplainer y llegaba a crearme o a conceder el beneficio de la duda a sus reflexiones sobre cosas que yo tenía claras. Menos mal que los gintonics me hicieron recapacitar a tiempo y, una noche que habíamos quedado después de discutir sobre feminismo, transexualidad, las mujeres y el precio de las copas en los bares dependiendo de si eres hombre, mujer o lo que te sientas, fuimos a quemar el cartucho de nuestro último monólogo, un gallego con el pelo largo que no recuerdo cómo se llamaba y que soltaba tales topicazos de pareja que no me hizo ni gracia. Era una señal de que, en efecto, no volvería a ver ningún monólogo con JoseMari y que, después de unos

copazos, acabaríamos follando por vicio. Tenía tan claro que sería la última vez, tanto de los monólogos como de la noche de empotramiento, que me lo pasé mejor que ninguna otra. Experimenté una mezcla de satisfacción («Ahí te vas a quedar con tus explicaciones y con tu gota seca en la punta cuando me vaya»), hartazgo y alegría por haberlo detectado en colaboración con mis amigas. No podía sentirme mejor.

Desde que nos conocimos en el chat de contabilidad hasta el polvo del monólogo final, fueron unas breves semanas que parecieron años de explicaciones y dolores de cabeza gratuitos de los que aún me queda alguna secuela. ¿Qué explicaría él después a sus amigos?

EL JOVENCITO ANGELICAL Y EL POLLAVIEJA ROCKSTAR

Entre amigos, follamigos y otros líos de mi entorno laboral, viví otra historia de follamor paralela ajena al trabajo, porque los hombres de los que voy a hablar aquí no han tenido que ver con el trabajo. Tampoco han sido mis novios, tampoco exclusivamente follamigos, pero sí mis parejas especiales durante un mes y medio raspado, una vez a la semana, fines de semana de por medio, uno con uno y otro con otro, alternando con trabajos de becaria a salario emocional.

A ver cómo lo digo para que se me entienda. Los conocí a los dos en un bar de mi barrio del cual era parroquiana, en horario de café y en horario de gintonic, sin importar el día ni la hora. Uno era camarero, y el otro, músico. Sí, tengo debilidad por los músicos. Alguna llama se encendió con ambos en ese mismo período de debilidad e invalidez emocional, con la misma intensidad y sin que ninguno se enterara de mi historia con el otro. Sería el

chispotorrotazo de un cóctel con nata y fresas a una hora intempestiva de una noche, que ni con uno ni con el otro.

Por un lado, estaba Jaime, el camarero. Tenía diecinueve años, no era alto como para tocarle el clítoris a la luna con el dedo, pero tampoco era un tapón, estaba delgado y era muy tierno. Llevaba media melena, el pelo muy liso y brillante, medio rubio, tenía los ojos achinados y tres piernas, y no era extraterrestre. Bastante maduro para su edad, estudiaba Filología Inglesa por la UNED, traducía textos del latín para una academia y se costeaba los estudios con el trabajo nocturno en el bar. Nuestro mejor rollo comenzó en el momento en que me comentó que, tanto en el bar como cuando traducía lenguas muertas, cobraba en B. Ya estaba en mejores condiciones que yo, porque mi salario seguía siendo emocional, pero se estableció esa conexión cósmica entre un postadolescente con dos trabajos precarios y una becaria explotada, un pelín mayor y sin salario. Horas después de esas confesiones, comprobé que no solo de las lenguas muertas se mantenía en forma ese ángel de las humanidades y los espirituosos.

Por el otro lado, estaba Tom, el bajista de una banda de rock. Era un nostálgico de los setenta y sigo sin saber su nombre de pila, pues, aunque en cuanto abría la boca se le notaba más de pueblo que las amapolas, era más conocido por aquel nombre foráneo. Tenía 52 años, había llevado una larga vida de alcohol, drogas y desfase, pero estaba fresco como una lechuga. El típico madurito con trampa, el músico cascado pero eternamente joven. De estatura media también, con el pelo largo, barba, una buena paja mental y unos dedos que ya tenía yo ganas de quitar protagonismo al bajo. Y lo conseguí. Una noche compartimos indignaciones, gustos por el cine satánico, pasiones y confidencias largo tiempo acumuladas, que fueron a explotar tras un bolo en el mismo bar del barrio y en mi casa. Una semana después de haber estado en la misma cama con Jaime, el camarero. Dejando de lado las ganas que tenía de

percutir con el bajista, el hecho de llevar a ese hijo de Satán al mismo terreno que unos días antes al ángel de los espirituosos fue un plus añadido a la intensidad de la noche.

Desde ese momento, para mis adentros, pasé a llamarlos «el Jovencito Angelical» y «el Pollavieja Rockstar». «Pollavieja» es un término despectivo en el lenguaje de la calle, pero en este caso llevaba su toque de cariño. Lo cierto es que, a pesar de que estaba en forma y se conservaba bien, la diferencia de edad resultaba evidente. Me encantaba charlar con ambos en la cama mientras les tocaba sus campanas, y hablar sobre nuestras vidas, todas tan echadas a perder y a la vez tan aprovechadas.

Estas escenas con Jaime y Tom se fueron repitiendo en las semanas siguientes, y me supuso más de una discusión con la única amiga a la que conté el lío que tenía con el angelito del bar y el diablo del bajo. Le costó entender que no se trataba de infidelidad. En primer lugar, porque no mantenía una relación seria con ninguno de los dos, sino que eran dos relaciones sexuales paralelas en las que daba la casualidad de que se conocían el uno al otro, y en segundo, porque en el caso de que hubiese surgido algo sentimental más profundo, ya me habría ocupado de hacer lo que me apeteciese, dejándolo todo claro y sin dañar a nadie. ¿Por qué iba a privarme del placer de uno por enamorarme del otro? Menuda desgracia. Algo habría hecho para que mis historias no entrasen dentro de lo que se conoce comúnmente como infidelidad. La infidelidad no existe, es otro invento de los padres y el Ratoncito Pérez.

Al principio, resultaba bastante raro ir al bar y coincidir con Jaime preparándome un ungüento de whisky quemado mientras, al lado, al rockero le flambeaban los huevazos, con perdón, de la emoción por mi presencia. Estaba hasta nerviosa, porque en aquella situación entre dos follamigos ajenos a mis

andanzas corría más peligro que la carcoma en una feria de antigüedades. Y no porque fuese a mordisquear en el lugar equivocado.

Nunca me lie con ninguno en el mismo bar, ni con los dos presentes en el mismo sitio ni por separado. No porque pretendiera esconder nada, sino porque lo cierto es que no me sentía a gusto magreándome en un sitio de barrio tan poco discreto, y tan poco cómodo, a sabiendas de que al día siguiente saldría en el periódico regional y hasta en la sección de pecadores de la hoja parroquial. Ellos tampoco llegaron a sospechar nada, siempre hemos mantenido conversaciones a tres adultas y maduras, sexo oral de «backstage»: con Jaime en el almacén de las bebidas y con Tom en los baños.

La verdad es que no tengo nada negativo que destacar de ninguno. Hoy seguimos siendo amigos, pero mientras duró nuestra buena racha de sexo sincronizado, disfruté mucho de la forma de follar de ambos.

Entre uno y otro, me olvidé de mi propia edad y en más de una ocasión tuve que hacer el cálculo con el móvil para comprobar mi juventud actual. No pasó nada malo con ninguno, pero al final resultaba complicado cuadrar agendas, pues nos adentrábamos en el verano y se avecinaban jornadas maratónicas de trabajo en el bar para uno, actuaciones en chiringuitos varios para el otro y otra larga lista de calores acumulados a los que tocaba dar salida. Yo me distancié con un bonito saco cargado de recuerdos que aún abro cuando me apetece sacarles provecho entre la imaginación y la mano.

La primera vez que vi desnudo al rockstar me llamaron la atención sus huevos colgaderos, pero me acabé acostumbrando y era divertido cuando haciendo la postura del 69 me tapaba toda la cara con ellos. Con el tiempo, aprendí en internet que eso se llamaba «Mortadelo». No me resolvieron nada más que mis calores intrauterinos, pero mientras intercambiamos fluidos, no pensé en mis dilemas con los bajones emocionales.

A día de hoy, Jaime trabaja en una biblioteca municipal y está dado de alta a

jornada completa en la Seguridad Social. Tom sigue dando conciertos de bar con su banda y anda de juicios por una misteriosa reclamación de paternidad. Ambos sin un duro, sin tiempo para pensar. Aunque... hace justo cinco minutos, me ha llamado Tom y Jaime me ha enviado un whatsapp.

NOVIA NO CORRESPONDIDA

Irene y yo nos conocimos a raíz de un cenorrio de empresas colaboradoras con la funeraria para la que yo trabajaba en la agencia. Ella era encargada de la tipografía de los nombres de los fallecidos en las lápidas. Lo cierto era que lo último que me esperaba era que en una cena de trabajo y encima con esta temática de por medio, iba a conocer a la que sería una amiga especial en contadas ocasiones. Y, aún más, que iba a encender mi llama del amor femenino con una chica conocida fuera de un ambiente bravucón de sexo, desfase y perversión. ¡En un terreno de negocios fúnebres! Realmente surgieron sentimientos, no solo sexo, la novedad palpable del momento: ¡morir de amor! Algo ajeno a mi conocimiento, que no pasaba del frotamiento vulgar.

Irene era una chica morena, de melena ondulada, estatura media, espigada y con grandes dotes comunicativas. Bueno, era periodista, aunque ejerciese una labor comercial en el negocio del fiambre, y eso se notaba, lo cual me motivaba tanto intelectual como sexualmente. Me gustaba ella, su actitud, compartíamos ideas y, en última instancia, surgió el sexo, en el que sus dotes nada tenían que envidiar a las ya mentadas.

En la cena en la que nos conocimos, mantuvimos una charla animada sobre un montón de temas, aficiones, gustos, ideas y cuestiones de trabajo. A diferencia de gran parte del sector masculino, con ella existía un «alto nivel de

compatibilidad», como diría una app de ligoteo. Aun así, yo ni me planteé hacerme pajas mentales con ella..., hasta que me fue imposible no hacérmelas.

Volvimos a vernos al cabo de unos días en la exposición de filatelia y numismática de un centro municipal, no porque fuésemos aficionadas a los sellos y las monedas, sino porque había un par de paneles dedicados a mujeres importantes del mundo del arte, la literatura y la música, y no podíamos dejar de registrarlo en nuestra agenda feminista. Nos regalaron una chapa y unas pegatinas que yo no tardé en pegar en mi cartapacio, a rebosar de material feminista.

Esa tarde surgió la conversación de nuestra situación sentimental y me comentó que era lesbiana. En mi subconsciente la tenía clasificada como hetero, de modo que aquello supuso un punto de inflexión en mi vida a la hora de juzgar o dar por sentadas cosas que no debería pensar. Desde entonces, trato de no meter a la gente en ningún cajón de orientaciones sexuales ni, si me apuras, de géneros.

De todas formas habría sido de muy mala educación confesarle en ese momento que me atraía, así que actué como si nada, como si me hubiese hablado de la diferencia entre el pan de molde normal y el que lleva pepitas ecológicas que ayudan a mejorar la digestión.

Volvimos a quedar para ir a ver un documental sobre animales marinos salvajes, para visitar unas termas romanas, para tomar cócteles, té, otros doscientos cafés, para asistir a unas charlas sobre filosofía, para ver exposiciones de arte abstracto, surrealista... Vimos media docena de películas clásicas con perspectiva de género, tomamos vino, hicimos un circuito SPA en un balneario que me había tocado en Facebook, acudimos a concentraciones contra la violencia machista, contra la subida de las pensiones, a una marcha contra la contaminación, bailamos juntas en una carroza del Orgullo LGTBI, nos abrazamos mucho y ya.

En pocas semanas, y manteniendo una vida muy activa entre mis otras amistades, follamistades y ella, ya llevaba vividas más aventuras sociales y culturales que si llevásemos una relación de amistad de años. Ya daba por imposible que ocurriese nada, asumí que habíamos entrado en la friendzone, que me quería mucho, que le encantaba preguntarme cosas y estrujarme en cualquier momento porque era muy cariñosa. Sin embargo... todo cambió el día que fuimos a ver una obra de microteatro sobre dos lesbianas en su noche de bodas, sin ropa interior porque les habían perdido las maletas en el aeropuerto. No sé por qué motivo ni qué pasó por la cabeza de Irene, que empezó a tocarme como no se tocan las amigas y yo le di un clínex por si la malinterpretaba y sentía nostalgia por alguna ruptura y le apetecía llorar. Pero no, poco más capté del drama de las lesbianas sin equipaje, porque Irene empezó a robarme espacio vital contra la pared y contra todo lo que tenía a su alcance para ponerme nerviosa y hacer que me lamentara de las bragas feas de Bob Esponja que llevaba puestas.

Esa noche ni cenamos. Irene tuvo un arrebató como si acabásemos de conocernos o como si tuviese mucha energía contenida que acabó explotando en un zulo de un sótano durante una representación teatral con apenas doce personas más. A partir de ese momento, viví en una nube un par de meses más. Seguimos de evento en evento, con la diferencia de que cada vez estábamos más juntas, con la mano más suelta y siempre con algún beso para regalarnos. Yo la quería como una amiga con un derecho a roce muy estrecho y especial, pero tampoco era para ponerse a hacer cisnes con las toallas del baño ni firmar ningún papel aparte de la tarjeta de un hotel.

A ella le debo el descubrimiento de terminaciones nerviosas y fugas orgásmicas que no sabía que tuviera. Creo que me quería un poco más de lo que yo merecía, porque pese a que vivíamos momentos de toda índole muy intensos, yo no estaba pillada. Digamos que, cuando creía estar pelín

enamorada, con correrme se me pasaba. Irene no, ella era extrema en sus ñoñeces. Parecía que lo vivía todo con otra intensidad y yo le debía sinceridad. Era todo tan bueno que me agobié y, muy a mi pesar, se lo dije y nos volvimos a estrujar, me aceptó los clínex que había rechazado en su día y pasamos una temporada sin vernos.

Hemos vuelto a quedar en encuentros feministas, LGTBI, manifestaciones y para cambiar las tapas del calzado en el zapatero, pero se acabó la magia. Yo conservo las entradas y tíquets de todas las cosas que hemos visto juntas, y el dildo doble morado que nos compramos en el sexshop y con el que hicimos tope en nuestro conocimiento mutuo.

Y ahora, Irene, te echo de menos.

REDES SOCIALES Y OTRAS PROPUESTAS INDECENTES



Las redes sociales son fundamentales para el sector becario. Sobre todo si, al igual que yo, terminas trabajando en una agencia donde, entre otras cosas, parte de tu trabajo es redactar tuits y analizar la reputación en Facebook de algunos de los negocios que nos vienen de rodillas solicitando ayuda, a punto de quebrar por culpa de alguna crisis de reputación, por bandas de trolls armados que disparan mentiras contra sus trabajos.

Pero, independientemente de lo profesional, las redes sociales son básicas y necesarias para sobrellevar la vida en un puesto precario, donde unos días te lo pasas mirando al techo y otros días, te llenan hasta arriba de trabajos soporíferos. En ambos casos, hay que intentar mantener la salud rascando tiempo para algo más que para trabajar, como, por ejemplo, conocer a chicos en Twitter, Facebook, Instagram, LinkedIn o apps de ligar para mantenerse una activa en esto de darle una alegría al cuerpo. Bueno, cuantas más, mejor. El ritmo de vida de una becaria no permite conocer a chicos a la vieja usanza y debe tirar de recursos rápidos como las redes y las apps de «aquí te pillo, aquí te mato», hasta desgastar las yemas de los dedos descartando maromos en Tinder y dar con el aparentemente idóneo.

El ligoteo por internet es como los castings de la carne. Tod@s somos productos que nos exponemos en un mostrador y, si los cálculos de estas apps

dicen que somos compatibles porque encajamos en no sé cuántos puntos, les hacemos caso y vamos a escarbar, a ver si hay algo que sacar de los veredictos robóticos.

Por ello, entre entrevistas a clientes, presentaciones de productos, trayectos en bus, horas muertas en la oficina o caídas de la conexión a internet de la empresa porque no habían pagado el último recibo, no hay nada malo en, sin que parezca que estás aprovechando el tiempo para ligotear con tu móvil personal, seguir ampliando contactos fugaces que en la mayoría de los casos acabarán en nada, y con algunos coincidirán intereses que dibujarán el camino de las citas más raras, fracasadas y humillantes o de encuentros tan buenos que no parecerán de este mundo.

LIGOTEO VINTAGE

En la agencia me encargaron una investigación de hemeroteca sobre anuncios de detergente antiguos, relacionados con la mujer y el peso del machismo, y el análisis de lo que ha cambiado la situación en los últimos cincuenta años. Esto me recordó que, hace un tiempo y por mi cuenta, me dio por investigar para mi blog (<www.labecaria.es>) cómo hacía la gente para tener una primera cita con desconocidos y tomar un café, echar un polvo, follar como conejos, hacer un intercambio de parejas, una orgía romana o lo que surgiese. Encontré varios medios que, sorprendentemente, se siguen utilizando hoy en día, y he querido rescatarlos para ponerme en antecedentes en el mundo de las citas y valorar la suerte de lo inmediato frente a pasar meses enviándote cartas con algún extraño para que al final te salga rana. Hoy día, que yo personalmente no tengo tiempo para nada por culpa del trabajo, me parecería un infierno un sistema basado en la paciencia ciega del éxito o fracaso.

Me pasé semanas comprando revistas para nostálgicos que aún emplean los sistemas de anuncios por palabras de hace treinta años, con métodos tan rudimentarios como el ligoteo a primera vista por correspondencia. Y casi me ha sorprendido más que continúe utilizándose el Teletexto con los mismos fines. Suena a broma, pero si entras en la sección de contactos de esta plataforma de fondo negro y letras fluorescentes, encontrarás cientos de anuncios de gente tipo «Chico alto, moreno, con un único ojo en la frente. Busco mujer como yo para sexo espontáneo frente a una mina de mercurio y lo que surja. Envía mensaje al buzón 348444». Y, oye, por un euro y pico que cuesta el mensaje, igual tienes suerte y triunfas con un ser humano acorde con tus características, requerimientos y apetencias.

Como comentaba, antes de que existiese internet, un gran medio para el folleto eran las revistas de contactos. La verdad es que, visto cómo funcionan, había que hacer gala de una gran paciencia para pillar mandanga, porque primero tenías que escribir por carta a la revista, que te ponía en contacto con la persona interesada. Una eternidad que hoy se resuelve en medio minuto cerrando una ventana y abriendo otra de no estar interesado. La revista *Charo Medina* era mítica y todavía mantiene el estilo chabacano tanto en las fotos como en los mensajes al pie. «Avelino de Madrid, gran consumidor de anacardos, travesti en la intimidad y apasionado del beso negro, busca mujer misteriosa para ahondar en su cueva a altas horas. Éxito garantizado en el viaje.» Ante semejante publicidad, en la actualidad yo optaría por el SMS, el teléfono o el mail para agilizar las gestiones.

En 2015 me enamoré de un anuncio de la *Charo Medina* con la imagen de un chico vestido de sirvienta y con el culo en pompa. Costaba no caer rendida a sus encantos: «Chico de 40 años. 1,65m. Visto siempre de mujer en casa desde que era niña porque realmente me siento mejor como chica, aunque por la calle voy de chico normal. Busco marido en cualquier sitio de España o a

hombre dotado que viva solo y quiera a alguien a su lado. A mí me gusta ser ama de casa, así que me ocuparía de cocinar, limpieza, colada, etcétera. Podemos pasar unos días juntos a ver qué tal nos va, sin compromiso. Soy hogareña, sincera y cariñosa. Mando fotos por email a quien esté interesado». Nunca supe si ese era su rol sexual, su verdadera identidad de género, un sentimiento las 24 horas del día, los siete días a la semana o qué. Y tampoco importa, porque lo fundamental es que cada cual se sienta satisfecho con su forma de vivir y disfrute, fiel a sus apetencias. Ojalá el anunciante diera con su macho complementario, dentro y fuera de la cocina, igual que yo espero no quedarme sin recambios de velas para mis candelabros.

«Lo bueno, si breve, dos veces bueno», siguen aplicando los que aún tiran de los anuncios por palabras en periódicos para contactar con misiles de carne afines. Mensajes breves, claros y concisos con final feliz por el módico precio de euro y medio la llamada o el SMS. Ante semejante ganga, ¿quién quiere una app como Tinder o WhatsApp para concretar las condiciones de la primera cita?

Anuncios como el de un tal Osezno de Asturias «en busca de oso grande y corpulento, afeminado, para amistad y lo que surja», son habituales en estas secciones de papel amarillento como *El Cero*, si bien algo más parcos que los que no llevan foto, con la misma opción de dejar una respuesta al periódico a través del número correspondiente para ponerte en contacto con tu elegido. ¡Vivan la imaginación y la paciencia, por algo el cerebro es principal órgano sexual humano!

Está claro que quien no pilla cacho hoy en día es porque no quiere. Internet nos brinda todas las posibilidades y más entre páginas temáticas, foros, apps perfectamente diferenciadas en intereses, hambrientos de sexo a granel y buscadores de amor de los de toda la vida. Existen infinidad de páginas de contactos, de aplicaciones para ligar, para solteros exigentes, para

enamorarse, para lo que apetezca en lo que a relaciones se refiere. Pero oye, continúa habiendo opciones para quienes se resisten a utilizar teléfono móvil y prefieren seguir comprando sellos o dejarse una pasta en SMS. Hacen bien, ¡con lo complicada que es la tecnología moderna! No descarto estrenarme en esto del ligoteo vintage entre los mensajes clasificados del Teletexto o los anuncios de *Charo Medina*, pero sin dejar de utilizar las redes y aplicaciones móviles de última generación...

SEXO EN WALLAPOP

El marketing de lo usado nunca ha sido mi fuerte, hasta que en mi antepenúltima empresa me tocó la maravillosa tarea de anunciar unas mesas, sillas y un perchero porque se iba a cambiar el mobiliario de la oficina. No conseguí vender nada, pero no por mi culpa, sino porque estaba todo apolillado y nadie lo quería, y acabamos sacando los muebles a la calle para que se los llevase el servicio de basura mobiliaria del ayuntamiento. Y, como casi todo el mundo, al final acabé haciéndome mis perfiles en apps de comprar y vender cosas de segunda mano para anunciar cosas personales. Empecé con wallapop, después de una mudanza para liberar espacio y recuperar dinero no emocional con objetos que no utilizaba y libros que ya había leído y pedían a gritos difusión de contenidos. La app era como los rastros de los domingos pero en digital.

Wallapop es ese sitio donde puedes encontrar la cosa más rara, la mayor cutrez o una maravilla que jamás hubieses imaginado poseer, pero pronto dejé de mirar y me centré en anunciar aquello de lo que quería deshacerme. Puse unos zapatos negros de tacón sin estrenar, vestidos con etiqueta y otras prendas compradas de forma compulsiva las pocas veces que he salido con dinero real

de algún trabajo o donación familiar. También anuncié libros, un par de *Kamasutras*, uno sobre misas de Satán que tenía repetido, aquel sobre cómo volver loca a una mujer con el sexo oral y *La vida sexual*, de López Ibor, el cual compré tres veces pensando que era una colección y se trataba de ediciones diferentes del mismo libro.

Lo primero que me llamó la atención es que me escribieron un montón de chicas interesadas en camisetas y vestidos, pero que regateaban de forma muy loca, pidiendo lo anunciado a mitad de precio y con entrega en mano. ¡Menudas flipadas! ¿Algo más, guapas? ¿Que os coma el coño, quizá? Me pareció una falta de respeto y perdí la poca fe que me quedaba en la humanidad.

Lo mejor, sin embargo, vino con los zapatos y los libros. Me escribió un chico preguntándome por los zapatos, por su uso, por el tamaño del tacón, etcétera. Le expliqué que estaban sin estrenar, que el tacón era de ocho centímetros y seguía insistiendo en el número de veces que me los había probado aunque no saliera con ellos. Yo pensé que quizá le interesaban para su novia y, con algunos escrúpulos, quería asegurarse de que no tuvieran mi ADN, no sé, yo nunca habría comprado unos zapatos por wallapop. Al final me preguntó si podíamos quedar para verlos y probarlos. «¿Son para ti?», le pregunté, antes de adelantar acontecimientos en mi mente. Me contestó que no, que quería ver cómo me quedaban. No sé si era un fetichista de calzado sexy usado y quería comprar los zapatos después de vérmelos puestos, un perturbado con dudosas intenciones o ambas cosas. Tuve que mandarlo al paio explicándole que solo realizaba entregas mediante envío postal. En su perfil vi que estábamos en la misma ciudad, a menos de un kilómetro de distancia, según la app, y me dio un poco de respeto pensar que tenía tan cerca a un fulano tan especial.

También me contactó un chico «a 320 kilómetros de ti» preguntándome si

«estaba bien» un libro titulado *El Kamasutra en la oficina*, que, lejos de lo que pueda parecer, va de temas de trabajo y convivencia en la oficina. Le comenté que era un libro muy divertido y original, y que estaba en perfecto estado, pero él seguía interesado en saber si era «morboso». Uno que también se dejó llevar erróneamente por el título me dijo que él «lo compraba, pero tenía que probarlo conmigo». Otro, directamente, me entró hablándome de BDSM, que le encantaba la temática y que si podíamos quedar para echarle un ojo. Todo ello tratándome de «usted». Lo mismo que si yo me planto en la farmacia preguntando por el kilo de nabo murciano.

Unos cuantos chicos contactaron también por el libro de cómo volver loca a una mujer con el sexo oral, preguntando si lo había leído y lo había puesto en práctica, y todos seguían el mismo patrón de intereses y curiosidades morbosas. No le di bola a ninguno y ya estaba tan desesperada con esa app de pajilleros infiltrados en un zoco de compraventa digital, que borré todo lo que tenía en mi escaparate 2.0 y dejé abierto mi perfil solo para posibles compras. Y, efectivamente, unos meses después acudí a wallapop en busca de un libro sobre afrodisíacos que no encontraba en ningún sitio y lo tenía a la venta un chico que vendía también accesorios de vino y otros aperos culinarios. Estábamos a menos de un kilómetro. Resultó ser el chef de una cachopería de la ciudad con tres estrellas Michelin, donde quedamos para efectuar la transacción. Era un tipo majísimo y hablamos de uno de mis placeres favoritos, el queso, y de otros ricos fermentos lácteos a los que él también parecía afín. Al final me fui sin libro porque se me olvidó en la mesa y cuando volví el libro ya no estaba, pero también me fui con una invitación para probar un cachopo gourmet a las finas hierbas y con el primer lácteo no contemplado en la carta ricamente degustado. Jamás me hubiese imaginado una situación tan surrealista derivada de wallapop, de la que tanto he renegado por los

contactos sexuales y al final he acabado con lo que no era objetivo, sin contar con ello. Y sin el jodido libro.

No vendí una puta mierda, ni los zapatos ni la ropa sin estrenar ni los libros ya leídos, perdí el único que tenía intención de comprar y no saqué más que un análisis de tolerancia a la lactosa con positivo final.

EL ABOGADO PERCUTOR DE LINKEDIN

Después de pasar por un montón de oficinas como becaria y, por momentos, de grandes dudas existenciales, decidí meterme en LinkedIn, «la mayor red profesional del mundo». Me dijeron que venía muy bien para conocer a gente del mundo empresarial y ampliar opciones de curro, y la verdad es que ya tenía ganas de trabajar en algo remunerado más económica que emocionalmente y disfrutar de la real independencia.

En cuanto me registré, añadí mi CV con mis últimos trabajos, experiencia, datos de interés y mis pulsaciones mecanografiando. Debí de activar alguna opción que no debía, porque empezaron a llegarme peticiones de contacto de gente que tenía en la agenda del móvil, y no del mundo laboral precisamente: exparejas con las que llevaba años sin hablar, chicos de apps de ligoteo con los que no había pasado de la primera cita, amigas, el zapatero, el dueño de un bar sadomasoquista, la ginecóloga, un chef mexicano del barrio, un poeta al que conocí en un aeropuerto... ¡Horror! La había liado antes de ponerme a funcionar con la aplicación.

Me pasé cuatro días trasteando con la herramienta y luego estuve meses sin entrar porque no terminaba de verle la gracia a un sitio donde la gente habla de trabajo las 24 horas cuando yo necesitaba algo que me ayudase a conseguir trabajo pero sin mezclar el tiempo libre con los sermones de señores que

saben de todo, artículos con los diez puntos clave para elaborar un CV perfecto, psicólogas que te explican cómo comportarte en una entrevista, CEOs, gerentes, directores generales..., vendehúmos profesionales.

No conseguí nada en los siguientes meses, aunque un día abrí mi correo y tenía otras sesenta solicitudes de contactos de gente a la que en su mayoría no conocía de nada y decidí entrar a ver qué se cocía. No había ni una oferta de trabajo no emocional ni consulta personal sobre mi experiencia, cualidades o ganas de trabajar. Para becaria gratis, sí, pero fueron directamente a la papelera sin profundizar demasiado. Y entre paja y paja, tenía un mensaje de Laudelino García, CEO en el bufet «Abogados para Separaciones y Divorcios», en el que me daba las gracias por conectar con él. Sonaba al típico mensaje automático que se envía a todas las personas que te aceptan entre sus contactos. Me llamó la atención su trabajo, porque nunca me había planteado que hubiese abogados exclusivamente para separarse, un mundo desconocido para mí, porque yo siempre acabo separada por la ley de la naturaleza y la supervivencia, una teoría similar a la de Darwin pero en el mundo de las parejas.

Me entraban muchos CEOs con camisas de cuadros, tirantes y corbatas de seda como anuncios de Emidio Tucci. Yo pensaba que ahí la gente quería trabajar, pero lo único que pretendían era trabajarse, en su mayoría, a las chicas nuevas de la oficina virtual. Me parece estupendo conocer a alguien y que acabe surgiendo el polvo de tu vida, como siempre ha ocurrido en las oficinas, pero encuentro excesiva la cantidad de cazapolvos que se camuflan en redes ajenas a la búsqueda de contactos sexuales.

Con él fue todo diferente, se despertó lo que yo llamo «la erótica del verbo». A Laudelino le conté mi mala suerte en el amor y que nunca requeriría sus servicios porque no llegaría al punto de casarme, pero que agradecía tenerlo en mi círculo. Se rio y empezamos una conversación profesional que

desembocó en una muy personal. Algo me hizo fiarme de él lo suficiente para contarle cosas personales que no comparto ni con mis amigos más cercanos.

Con el paso de los días, el tema del derecho conyugal, los matrimonios rotos y las separaciones complicadas me llevó a interesarme por los mayores problemas sexuales confesos que llevan a romper a las parejas. Hablamos de celos, relaciones extramaritales y un caso especial de incompatibilidad física por el tamaño de los atributos de un matrimonio virgen hasta la noche de bodas. Me excitó bastante la naturalidad de su narrativa y se lo hice saber. A mí me gusta irme con un tío que de antemano no sé cómo está armado y encontrarme con la sorpresa antes de que se quite las cartucheras. Se ve que a él también le gustó mi confesión y comenzamos a charlar sin remilgos ni límites.

Por fin quedamos para tomar un café en un sitio próximo a los juzgados. Yo no sabía ni qué edad tenía, lo mismo podía encontrarme a un pollavieja a punto de jubilarse que a un maromo recién licenciado. Era joven y tenía más cuerpo de *Mujeres, hombres y viceversa* que de CEO de bufete de abogados. «Me lo follaba» fue lo que me pasó por la cabeza nada más verlo y me equivoqué un poco, porque fue él la parte más activa. Atractivo, con cuerpazo, experimentado y buen paquete... como el de la ruptura de sus clientes. Aquello no podía salir mejor, y más que salir, entró. Y vaya si entró. Quedamos varias veces en «turno de orificio», porque era imposible hacer de una vez todo lo que nos gustaba y entablamos una buena relación fuera de los entresijos de la cama. Sin duda, de lo mejor que me ha pasado en las redes sociales, y tuvo que suceder en LinkedIn.

Una experiencia peculiar que tampoco olvidaré de la red empresarial fue con Floren, un entrepreneur que hacía cortos de animación con muñecos de plastilina, que quería hablarme de negocios con su mujer. Ella era alfarera, con dos años de experiencia en el oficio, y él actuaba como su representante.

Me habló de negocios y también me mandó fotos de ella con antifaces de gata a los que no di importancia porque pensé que formarían parte del proceso creativo de la alfarería. Acepté quedar con ellos para que me hicieran una oferta de community manager porque sabían que yo estaba trabajando con un salario emocional pelado y les gustaba el historial. Pero la realidad es que lo que él quería era un trío con su mujer. En directo, no me gustaron nada, ni en lo personal ni en lo profesional. Después de varios gintonics, no sé cómo acabé en su casa, donde intentaron seducirme como quien no quería la cosa. Yo me reía y me ponía a hablar de la decoración africana que tenían en el salón, como muy interesada de repente en el arte de los elefantes y jirafas talladas en madera. Hasta que me dormí en el sofá. Al día siguiente, pensando con más claridad, confirmé desde mi ingenuidad que lo que querían era follar, sexo a tres, un menàge a trois como los de las pelis porno. Sexo con la excusa profesional de la community manager de la alfarería.

En todas las redes sociales se cuecen habas. Esto del curro remunerado no emocionalmente pintaba más complicado que encontrar novio, pero para follar cualquier aplicación parece buena.

EN TWITTER NO SE FOLLA

Fue este el primer sitio de internet donde me registré cuando ya estaba dando mis primeros tumbos como becaria, y así me llamé, fruto de la desesperación y utilizando mi posición laboral a mi favor. «En Twitter no se folla» es la ironía más top de esta red social. Vaya que si se folla. Otra cosa es que se folle bien, peor o muy mal, como en casi todas partes, pero siempre un poco más. Los likes en Twitter muchas veces coinciden con los matchs de Tinder, por eso yo

ya no pongo likes a nadie, para evitar malentendidos. Los mensajes directos (o «direct messages») ya son otro tema; los DM los carga el diablo.

Ya llevo muchos años en Twitter, tantos como de becaria, y he vivido historias de todos los colores, pero ni lo peor ha conseguido que deje de ser mi red social favorita. Juega a su favor que, a diferencia de en Facebook e Instagram, aunque también me encantan, nunca he sido censurada por enseñar nalga o pezón por demás. No es que sea mi pan de cada día, pero se agradece saber que cuentas con esa libertad para hacer uso de ella cuando te apetezca. Lo mejor que tenía Twitter al principio es que era más complicado de utilizar, luego fueron haciendo la app más intuitiva y con los botones más sencillos, y ha acabado llenándose de fauna de todo tipo sin ningún rasgo intelectual destacable. Ahora hay que andar separando mucho el grano de la paja para que no acabe picándote el ojo más de la cuenta si te pilla con las lentillas puestas.

No obstante, lo que más valoro de Twitter es poder seguir a quien me gusta leer, seguir los medios que yo elija para estar informada, seguir a tuiteros que me hagan gracia, seguir a tuiteras que me ayuden a ser mejor persona y poder silenciar o bloquear a gente, temas y palabras clave que me incomoden en la vista. Lo que más me ha dolido en la historia de Twitter son dos bloqueos: uno de un supermercado de Asturias porque una vez subí un vídeo de humor sobre cómo robar un pollo en el súper y los puse en copia (se ve que no les gustó mucho), y otro de Pérez Reverte, quien quizá no estuvo muy de acuerdo con mi supermegafeminismo. Pero sé que ahora mismo me estará leyendo y no podrá resistirse a quitarme el block y concederme una oportunidad.

Otro encanto de Twitter son las grupipandis de tuiteros y tuiteras que establecen un vínculo y acaban haciendo piña offline, lo cual también les garantiza el FAV en masa e hilos interminables, de manera que parece que cuentan cosas mazo interesantes. En estas congregaciones se quieren mucho pero, a veces, el roce hace el cariño y, de tanto ir rotando, surgen los celos en

la comuna y en el ambiente se palpa la tensión, las tiranteces y la ausencia de buenrrollismo como entre Estados Unidos y Rusia. Yo, que soy tímida y un poco antisocial, nunca he pertenecido a una grupipandi, voy muy a mi aire, no me entero de la misa la mitad.

De lo que nadie se libra, ni yo misma he podido, es de las mentiras y los marujeos infundados. Me han asignado polvos con personas que ni he visto. Pero supongo que es el precio que hay que pagar por quienes tienen demasiado tiempo libre y no saben cómo utilizarlo, con lo entretenidos que estarían en wallapop vendiendo toallas de bidet afanadas en hoteles. Ay, qué desperdicio.

Un día, sin embargo, apareció Ángel, un tío con una cuenta B de humor que en la vida real era periodista y trabajaba en la sección de Antropología de un medio online. Empezamos a hablar por DM y parecía un tipo inteligente y muy centrado, con cierta fijación por el porno: siempre tenía un vídeo, foto o gif guarro como respuesta a todo. A pesar de su obsesión, lo encontraba interesante. Un día que le cuadró una conferencia en mi ciudad, quedamos para conocernos y lo llevé a comprar merchandising a un bazar, pues era coleccionista de postales y conchas con el nombre de las ciudades que visitaba. No era mi intención tener intercambio de fluidos sexuales, estaba con alergia y me lloraban los ojos, aunque al final acabamos en su hotel, amorrados y malfollando. A los cinco minutos de ponernos al lío, se corrió y luego me montó un drama pidiéndome disculpas porque se había puesto frenético al verme a cuatro patas y tenía muchas ganas acumuladas. Le dije que no se preocupara, que de no ser por la alergia, yo me habría corrido al minuto y habríamos llegado juntos a nuestro destino. Cogimos unos snacks del minibar y se puso a hablarme de los diferentes frutos secos y sus bondades. Aprendí un montón, nos seguimos poniéndonos likes en Twitter, aunque ya apenas nos saludamos.

Otro encuentro más satisfactorio lo tuve con Edu, un futbolista de un equipo

de tercera división que un día me habló por privado para participar en un artículo sobre muñecas hinchables que al final no llegué a publicar. Siempre intento guardar las distancias con la gente con la que hablo para asuntos serios como mis artículos sexuales, de máximo rigor informativo, pero no sé cómo con este mantuve el contacto y acabé siguiéndolo. Me caía muy bien, me aportaba información interesante y estaba para darle de todo menos miedo, como acabó ocurriendo un fin de semana que vino a mi ciudad para jugar un amistoso con su equipo. Quedamos, lo acompañé a Decathlon para que se comprase unas zapatillas de jugar al fútbol porque se había dejado las suyas en casa y me invitó a un café para agradecérmelo. Después del partido volvimos a quedar y, en un momento Cristiano Ronaldo, me regaló su camiseta sudada. Al parecer había marcado un gol y se había venido arriba. No es que fuera yo muy fetichista de ese tipo de material sudado, pero lo agradecí y bromeé con venderla en wallapop cuando desbancase a Messi como mejor futbolista del mundo mundial. Con Edu sentí una química especial desde el primer gintonic, porque poseía ese algo de chico energético, majete, y un cuerpo como para cenar sushi en él. Tenía que pasar y pasó: follamos. Comía la boca como si hubiese hecho un máster en la Universidad Rey Juan Carlos. Y así nos vimos varias veces durante cuatro meses, hasta que un día desapareció muy fríamente y cerró su Twitter. Me enteré de que tenía novia y lo había pillado siendo infiel. Nunca supe detalles, pero a saber lo que la chica se encontraría, leería y con quién. Ahora, debido a unas lesiones, ha cambiado el fútbol por una licencia de taxista y sigue igual de promiscuo en sus otras ligas. A nosotros que nos quiten lo corrido por nuestras marcas, sus posiciones de fuera de juego y los domingos a misa.

Si te lo montas bien, en Twitter puedes hacerte un plan para lo que te apetezca, menos para encontrar pareja. Yo todavía no sé qué es tener un novio tuitero... que no sea novio de otra.

FACEBOOK

Cuando me registré en Facebook, también coincidiendo con mi etapa profesional becada e inicios de becaria en Twitter, tuve que cambiarme de nombre y elegir uno que no me identificara con el perfil tuitero, porque aquello era una locura, un no parar de desconocidos que me pedían amistad, me escribían y me enviaban mensajes y fotopollas constantemente. Además de estresante, resultaba invasivo.

Me hice un mix de contactos de la vida cotidiana, de confianza, gente molona de Twitter y otra que iba surgiendo sobre la marcha en grupos de Facebook o me agregaba de casualidad, sin saber siempre su procedencia. Así formé mi familia en Facebook, una que no lograría entender Mark Zuckerberg con sus robots tan inteligentes y avanzados.

Facebook es una red social que me cae bastante mal debido a la conocida censura que ejercen sus mandamases, el dictador Zuckerberg y sus súbditos. Pero algo tiene que engancha y es imposible dejarla, por eso lo he pasado muy mal cada vez que me he visto bloqueada por haber subido una foto que mostrara nalga o pezón, esas dos partes del cuerpo femenino que tanto daño hacen a la libre expresión en esta red social.

Lo de conocer gente por aquí me causa bastante rechazo, porque lo veo como el rellano del portal, cada uno en su casa y un ser divino cualquiera en la de todos. Todo el mundo acaba enterándose de cosas que no debe y me genera más desconfianza por los demás que por mí misma. Aunque he acabado otorgando grandes votos de confianza.

Tuve una experiencia inolvidable con Víctor, un chico muy simpático que me había agregado en mis inicios y me saludó meses después. Era portero de

una comunidad de oficinas en sustitución de su padre, que estaba de baja por asuntos quirúrgicos en los bajos, y tenía mucho tiempo libre. Además, no salía a comer y se llevaba tappers de ensaladilla, por lo que charlábamos bastante por el Facebook Messenger a mediodía. Nos enviábamos fotos, al principio de tonterías, pero la relación fue subiendo de tono y el de nuestros envíos no se quedó atrás. Me mandaba selfies de sus calzoncillos desde el cuarto de las fregonas o entre las puertas de los paneles de telecomunicaciones. Le gustaba el riesgo de ser pillado. Yo le correspondí con alguna foto sin destape excesivo, y la motivación para conocernos fue bidireccional.

Quedamos un día, nos lo pasamos muy bien y, sin rodeos, nos confesamos lo salidos que estábamos ambos y fuimos a echar un polvo. Yo tenía la casa hecha unos zorros, así que follamos detrás de la recepción del edificio donde trabajaba, en un sofá viejo al que le saltaban los muelles, casi imperceptibles para lo que acabamos saltando nosotros en apenas veinte minutos de affaire. Cuando me marchaba, volvimos a liarnos en el rellano del portal y nos pilló un sereno que iba comprobando puertas por la zona, una institución trascendental para la seguridad de la ciudad. No nos dijo nada, pero no hizo falta: al día siguiente, Víctor, el hijo del portero Vitorín, sería la comidilla de los serenos y de toda la zona.

Otro encuentro propiciado por Facebook que me marcó fue el día que quedé con Tomás, un psiquiatra bastante hermético y con fetiches varios que me saludaba de vez en cuando y me mandaba fotos de monjas vestidas de látex. Su forma de hablar era de dominador mental, aunque a mí me daba la risa y pasaba un buen rato intercambiando opiniones con él. Hablamos mucho, porque soy fan de las teorías psicoanalíticas de Sigmund Freud y las pajas mentales de López Ibor. A mí había algo que no me encajaba de este chico de mediana edad, le faltaba como un hervor, pero congeniamos. A él le encantaba investigar sobre el electroshock y los horribles procedimientos que se

aplicaron en la época franquista para «curar la homosexualidad». También era coleccionista de muñecas de porcelana inglesa con la cara desfigurada o alguna parte quemada. La magia estaba en que les faltara algo o tuvieran alguna tara. Llegó el día en que quedamos para tomar café y él pidió directamente absenta, e intentó propasarse metiéndome morro. Le cantaba el pozo, con una halitosis capaz de matar a un elefante. No pasó nada. Le hice la cobra y me fui por patas lo antes que pude y dando por pagado emocionalmente el café.

LA ERÓTICA DEL EGO EN INSTAGRAM

Instagram es mi red social favorita después de Twitter, aunque un poco menos desde que es propiedad de Facebook y Mark Zuckerberg no pierde oportunidad de meter su mano censora para vetar todo atisbo de carne. Instagram es la red social de los hashtags y los egos, y somos muchos tipos de egocéntricos y egocéntricas quienes habitamos este lugar: el ego de los selfies, de los paisajes, de los atardeceres, de las fotocomida, de las fotopies, etcétera. Y, sobre todo, el ego de que nos pongan muchos likes en todo por mierder que sea la foto.

Llevo años leyendo que la mayoría de los usuarios de Instagram son mujeres pero, o nos mienten, o se trata de una estrategia para atraer al sector masculino, porque cada vez la veo más plagada de nabos que reparten likes a diestro y siniestro.

Me parece un escaparate para el ligoteo, con mucha más información y más interesante que Tinder. Apenas tienes una bio, un hueco para poner el enlace de tu web, dos tonterías que alimenten tu amor propio, las historias y una galería de imágenes confeccionada a tu ego y semejanza.

El problema de que en mi actual agencia sepan que me encanta esta red social es que a veces me piden que suba fotos en perfiles de clientes o que investigue sobre filtros más artificiales que las patatas fritas con sabor a huevo, también sobre stories, publicidad pagada o el algoritmo que te muestra fotos de hace cuatro días de gente que no te interesa. En mi faceta personal con Instagram, tampoco me he librado de tíos pesados e insistentes que me dejan comentarios públicos y por privado. En varias ocasiones han «peinado» mis trayectos en Gijón basándose en mis fotos para sacar conclusiones de mi residencia. Suena un poco disparatado, pero cuando un tipo se obsesiona contigo sin saber quién eres, llegas a sentir miedo y a la vez respiras tranquila, porque notas una pared de pladur que te protege aunque tampoco puedas apoyarte del todo, por si falla en cualquier momento.

En Instagram he conocido también a gente muy interesante. A fotógrafos que me han ayudado mucho a mejorar mi ojo a la hora de hacer una foto y lo que surgiese, una vieja gloria de carreras de sacos a la que siempre tendré como ejemplo de superación personal o Juan Carlos, un activista social contra los abusos de las compañías telefónicas. A este último me unió una situación de abuso, el mismo motivo por el que él dejó su trabajo para luchar por los derechos del consumidor frente a las multinacionales telefónicas. Nuestra primera cita fue en una charla sobre abusos organizada por una asociación de consumidores y esa misma noche cenamos canónigos con vino español y quedamos en vernos otro día porque se nos hizo muy tarde con el postureo de los timados indignados. Nos vimos en varias ocasiones, y lo cierto es que tenía algo que me ponía el clítoris como el embrague de una nave espacial, pero tuvimos que dejar de quedar porque se involucró demasiado en las protestas, hasta el punto de pedirme dinero en lugar de volver a trabajar para salir a quejarse en las calles contra las empresas de telecomunicaciones. A Juan Carlos le gustaba llamar la atención subiéndose a los repetidores de

señal móvil y fue detenido muchas veces, yo creo que las ondas de la telefonía le deterioraron la salud mental y le comprometieron el bolsillo. Así acabamos de romper nuestro contrato verbal de instagramers con derecho a roce ante el abuso de las cláusulas.

No he conocido a muchas mujeres a lo largo de mi vida en las redes sociales, pero en Instagram, sin buscarlo ni contar con ello, apareció Julia, ambassador executive de una web de analíticas como Google pero en pequeño. Una tía mona y maja que resultó que estaba un poco tocada. Le comenté que yo era bloguera de una web de masajes tántricos que estaba castellanizando en mis inicios en la empresa en la que trabajaba como becaria, y me invitó a un evento de Analytics Premium para que mejorara mi currículum de becaria digital, moderna y actual.

Julia se volvía loca contando constantemente los eventos en los que estaba. Subía muchas fotos con hombres, pero era lesbiana, lo noté por su interés por mis métricas y demás medidas y el tiempo me confirmó todo lo que mi sexto sentido sospechaba. Llegué a pensar que estaba enamorada de sí misma, pero la verdad es que yo también le gustaba. Nos liamos y me sentí un poco protagonista de su algoritmo dentro y fuera de las redes sociales. Dos semanas después, me dio calabazas porque me vio interactuar en Instagram con un analista de datos y se puso celosa porque me quería en exclusiva para ella.

Sigo subiendo fotos a Instagram, pero soy mucho más cauta con las personas con las que me relaciono. Lo que más me gusta es subir historias, pues descubro seguidores que me ven y nunca me dan likes en las fotos, y es una pena, porque parecen muy interesantes... mucho más que lo que el algoritmo cree y nunca me muestra.

ANEXOS

(EVENTOS, CULTURA, MAGUFISMO,
LIBROS Y FEMINISMO)



Aunque ser becaria sea el centro de mi vida por todas las horas que dedico a mi trabajo no remunerado y no me deje casi respirar aire puro, ser becaria no es una etiqueta como una etiqueta cualquiera que cuelga de una chaqueta en una tienda indicando su precio. Ser becaria es ser una chica con gustos y aficiones muy variadas, momentos de ocio y otros intereses ocultos.

No entender la vida me impulsa a leer a diario libros de mis temas favoritos, como la sexualidad o el feminismo desde tiempos inmemoriales, o asuntos no menos importantes como los ovnis, extraterrestres, erotismos alternativos y otros delirios espirituales y místicos que llevo al terreno físico asistiendo a eventos para profundizar en lo más mermado del ser humano: la capacidad de creer en cualquier cosa sin ningún rigor.

Mis últimos eventos o encuentros reales referentes a cuestiones delirantes han abarcado temas tan importantes como el budismo azafrano, el reiki, una magufada de pasar energía a las personas y animales con las manos, los Testigos de Jehová (de tan ferviente actualidad) y otras creencias de una secta llamada Hermandad Blanca. Siempre escéptica, sin la compañía de ningún dios y sola, y a veces con el apoyo espiritual de mi amigo Eusabio, otro apasionado del funcionamiento de la mente humana, la mística, los seres de otros planetas y las sectas.

Bienvenid@s entonces a mis mundos anexos.

ENCUENTRO CON UN TUITSTAR MERMADO ESPIRITUAL

La primera vez que oí hablar del reiki fue a una amiga que tenía una prima muy enganchada a esos temas y colaboraba con una escuela de asuntos espirituales y magufos donde impartían talleres con este tipo de técnicas. «¿Qué dices, tía? ¿Qué es eso del reiki?», fue lo primero que se me ocurrió preguntarle en mitad de unos chocolates con porras que nos estábamos metiendo entre pecho y espalda. Me explicó que «el reiki es una energía que existe en el universo y que las personas pueden canalizar a través de las manos y pasársela unas a otras para sentirse mejor y curar dolencias». A mí cualquier magufada que se quede en la paja mental me da igual, cada cual que crea en lo que le apetezca, pero si te metes a «curar cosas», ya enciendo el piloto rojo.

A partir de ahí, estuve leyendo cosas por internet y haciendo coña de ello en las redes sociales. Hasta que un día me escribió Antonio, un chico al que seguía en Twitter, y me preguntó por qué me reía del reiki, me dijo que él lo practicaba y que, una vez confesado eso, «ya podía bloquearlo». No lo bloqueé porque me caía bien, era community manager de lubricantes y jabonosos sexuales, y me hacían mucha gracia sus tuits. Sí, a lo largo de mi vida han pasado más community managers que ácaros cuando caigo abatida por la alergia en primavera. Era un influencer al que todo le resbalaba y tenía muchos seguidores, sobre todo seguidoras, y me sorprendió que le fuesen esos rollos, pero le di la oportunidad de que se expresara.

Antonio era pelirrojo, con barba, y no encajaba para nada con ese perfil de hombre de luz. Me comentó que era nivel III en reiki (sí, al parecer hay

niveles, como lo de los cinturones de colores en artes marciales) y que estaba especializado en animales, en pasarles energía para que se sintieran bien. Y yo que les doy galletitas... ¡joder, toda la vida haciéndolo mal! Me contó que para realizar una sesión de reiki, se marcaban unos símbolos en las palmas de las manos con un punto religioso que le daba un poco de grima, pero que era así y funcionaba: «Una vez marcados los símbolos, los nombras, y a partir de ahí se supone que recoges la energía universal y la canalizas hacia las personas elegidas o los animales» y que lo puedes hacer en directo, colocando las manos sobre los chakras del animal o la persona, o a distancia, con los datos personales, como con Hacienda. Al parecer, la gente cobra por esto, pero él aún no porque estaba aprendiendo.

¿Y qué hace una becaria ante semejante confesión? Pues le dije que me hiciera reiki y me pidió mi nombre, apellidos y fecha de nacimiento, dado que era un reiki a distancia, como la UNED pero en magufo. Le di la información a medias y al cabo de 45 minutos, más o menos lo que dura un vídeo largo en Xvideos, me envió una foto con el mensaje: «Aquí va la mano con la que te he enviado la energía». Efectivamente, era su mano, el equivalente a una fotopolla, porque era gigante y con unos dedos como longanizas, para perderse en cualquier terapia con orgásmico final. Yo pensé que me estaría insinuando algo marrano y le seguí el juego. «Gracias, tío, pero no me he enterado de nada de eso que ibas a meterme», le dije.

Estuvimos hablando unos días y acabó forzando un viaje promocional de la empresa de jabonosos sexuales para que le cuadrara pasar por mi ciudad y nos viéramos una tarde. Y así fue, una tarde que acabó a las cuatro de la madrugada de bar en bar y dándome el mejor material que había obtenido nunca en ninguna de mis investigaciones como becaria con salario emocional. Me confesó que me había hecho reiki empalmadísimo por primera vez en su vida, que era muy fan mío y que volvería a hacérmelo pensando en que me

comía el coño para enviarme la mejor energía. «Tengo sensaciones y debo aprender a interpretarlas, pero aún no sé lo que quiere decirme el cuerpo», me comentó. «Será lefa espiritual contenida, déjala ahí, no vaya a ser que rebose por las órbitas», le respondí. Yo no sabía si me estaba troleando a mí o a la cultura reikista, pero me hacía gracia su rollo.

Sin embargo, por si fuera poco lo de desbloquear los chakras con el reiki con trazas de sexo oral, Antonio me informó de que también hacía «regresiones». La primera había sido a través de un audio de un experto llamado Brian Weiss, un americano que habla un español muy rudimentario y que trataba de visualizar su vida pasada en otras vidas, no como si fuese una invención o fantasía. Yo en ese momento no pude hacer más que pedirme el tercer gintonic y seguir hablando y tomando notas, con su permiso. Fue la primera vez que en una primera cita sin ánimo laboral me ponía a hacer anotaciones en el móvil.

Volvimos a charlar sobre reiki y su nivel de efectividad, y me comentó que en una ocasión en un festival había hecho reiki a un colega para que follara, y acabó follando. El chico, sin embargo, era muy guapo y podía follar con quien quisiera, así que tampoco pudo evaluar la efectividad de sus técnicas de forma fehaciente. A mí esto ya me llegó al alma, estuve por pedirle que me lo hiciera a mí también para que me comieran el coño esa noche, pero no quise arriesgar porque lo cierto es que el chico me daba cierto respeto, por no decir miedo.

En el bar me sentía segura porque había gente a apenas unos metros, lo que yo llamo una prudente distancia de seguridad, y a él los chupitos de whisky barato le ayudaron a seguir compartiendo confesiones íntimas en nuestra zona de confort. Era un fetipiés, un fetichista de pies profesional «Me encanta masajear pies, y comerlos es mi especialidad», me dijo con absoluta seriedad. No borraré esta frase de mi cabeza en la vida. Y para rematar me soltó que, si me hacía reiki y luego me arreglaba los pinreles, ya podía morirme de gusto.

Yo no sabía qué parte había de real en sus movidas con el reiki y qué parte era una historia inventada para irritarse las rodillas ejerciendo de gourmet ante mis pies.

Retomando el reiki, continuó explicándome que hay gente que, al iniciarse, a veces tiene angustia, vómitos... Se llama «crisis de sanación o catarsis». El cuerpo libera toxinas y hay que seguir practicándolo hasta superar los bloqueos. Me dijo que, si quería iniciarme con él, por favor le dejara comerme el coño. Yo me fijé en que tenía un bulto entre las piernas como para gangrenarse los cojones si las cruzaba, pero el alcohol no me impidió ser fría y calculadora y no dejarme llevar por aquel chico de luz encantador y bien dotado pero pelín impulsivo en sus arrebatos sexuales, aunque en ningún momento se sobrepasó conmigo (salvo al acariciarme una rodilla porque llevaba unos vaqueros rotos «de ir provocando». Unos tocamientos sin importancia). A día de hoy, seguimos hablando por DM en Twitter y yo no he avanzado más en mis investigaciones sobre el reiki, viviendo con la carga de no saber si este aparente mermado espiritual es inofensivo a solas, entre cuatro paredes, y si tiene o no un máster en la cama.

EXPERIENCIAS RELIGIOSAS Y OTRAS SECTAS ALUCINÓGENAS

Mis coqueteos con las sectas y otras organizaciones espirituales comenzaron por casualidad. Me encanta inmiscuirme ocasionalmente en algún sarao sacro de gente que va en serio a rezar, que es otra forma de ponerse de rodillas para hacer una felación imaginaria (y metafórica, no me vayan a denunciar) a alguna deidad que solo está en sus cabezas. Rezar fuerte, recitar mantras y respirar hondo como si fueran a escucharles de verdad. Respeto que cada cual crea en

lo que le venga en gana, pero también me gusta profundizar en las creencias de la gente, saber a qué aspiran, qué los limita y, por supuesto, cómo viven esas cosas del amor, la pareja y la sexualidad. He llegado a la conclusión de que el verdadero mérito está en sentir que no necesitas creer en nada más que en ti aunque tengas varios días seguidos que sean una mierda clavada en una cruz.

Todo empezó con el anuncio de un evento en el que una organización un tanto extraña te ayudaba a encontrar a tu pareja perfecta, al amor verdadero, el que de verdad no falla nunca. Nada más verlo, pensé que tenía que ser una movida muy loca y lo anoté en mi agenda. Como me daba vergüenza acudir sola, le comenté mi idea a Eusabio, un amigo de toda la vida que, le cuente lo que le cuente, nunca me juzga y me respeta aunque no me entienda. Eusabio en realidad se llama Eusebio, pero fue el mote que le puse hace añísimos cuando íbamos juntos al instituto. Era un empollón de manual, de ahí mi versión del nombre, que, hasta hoy, cuenta con su aceptación absoluta, aunque me gustaría que se enfadara un poco más. Con Eusabio puedo contar para cualquier cosa que mucha gente de mi entorno no entendería, motivo por el cual me acompaña a los eventos más raros y luego le invito al mejor gintonic o whisky con cola, como un pollavieja entrañable y encantador, y nos descojonamos de risa.

Llegó el gran día y acudimos al salón del hotel céntrico donde se celebraba el sarao del amor perfecto. Nos quedamos al fondo de la sala por si había que salir corriendo y, sobre todo, por si sufríamos alguna incontinencia espontánea de esas que cuesta disimular, como una carcajada silenciosa con lágrimas a rebosar. Me mataba la curiosidad por ver qué cojones (con perdón) iban a contar, quién daba la charla, qué público asistía, qué rituales seguían... Lo acontecido superó mis expectativas.

El acto en cuestión comenzó con la mención a un profeta ascendido que se llamaba Saint Germain, un hípster sexy decimonónico al que exhibían en un cuadro, algo similar a los crucifijos en las aulas de los colegios hace años.

Para tratarse de un dios hípster imaginario, el tal Germain estaba bastante bueno en el trazo. La movida de la convención giraba en torno a «encontrar a tu *llama gemela*» y debías trabajar la relación con ese dios y tu «yo superior» para conseguirlo. Como si no fuera todo lo suficientemente marciano ya, empezaron a recitar mantras cada vez con más intensidad. Se pusieron a salmodiar cual niñas del exorcista en pleno centrifugado gutural: «Yo soy un ser de fuego violeta, yo soy la pureza que Dios desea». Lo más sorprendente es que el resto de los asistentes acompañaron los rezos desde el principio y yo me sumé en un profundo llanto de la risa, con la mano delante de la cara frente a la deidad hípster, que luego descubrí que pertenecía a una secta internacional llamada Hermandad Blanca. En resumidas cuentas, que ni parejas ni follar con otros ni nada: tenías que rezar mucho hasta que apareciese tu alma gemela aunque no llegases a conocerla nunca. «Dios tiene planes para nosotros e igual no está en esta vida tener llama gemela porque ni tan siquiera esté encarnada y es muy importante centrarnos en el chakra del tercer ojo para visualizar la relación perfecta.» Al finalizar el show espiritual, con almorranas en los ojos de tanto contener las lágrimas, había venta de libros, aportación económica voluntaria y CDs gratis con los greatest hits de los mantras para que no se nos olvidaran.

Eusabio, que por aquel entonces coleccionaba sobres de azucarillos de café con mensajes de reflexionar y no llegar a nada, inició una nueva colección de material magufo profesional y acabó grabando psicofonías en ruinas para un canal de podcasts que nunca llegó a ver la luz, ni las ondas en frecuencia modulada, porque se enfadó con internet y ahora no usa móvil y se informa a la vieja usanza, con los diccionarios VOX y la enciclopedia Encarta.

Otra reunión espiritual a la que acudí en compañía de Eusabio fue una meditación con un monje azafrano que pasó de llevar una juventud ordinaria con pantalón corto, bambas y tapitas de cañas a vestir una túnica naranja, no

beber, comer arroz cocido de la beneficencia en bol, vivir sin dinero y sin follar en monasterios entre Tailandia y Europa. «Está bien, te levantas, meditas, vuelves a meditar, paseas por el bosque, meditas barriendo, y así hasta conocerte mejor a ti mismo y tomarte la vida de otra manera.» El azafrano era un chico menudo y muy especial con el que hablé de tú a tú entre la presentación y una meditación grupal. Le pregunté, entre otras cosas corrientes, cómo era el sexo en su vida contemplativa como monje budista, y me dijo que estaba prohibido. Le pregunté que si también consigo mismo, y me dijo que sí. Vamos, que lo de masturbarse, nanay de la China. Me decepcioné con el budismo, porque me parecía la religión más «buenrollista», pero lo del prohibir a los monjes una cosa tan básica no terminaba de casar con esas ideas de dejarse fluir... ¡Era contra natura! Bueno, y luego tocaba meditar entre velas, Budas de plata y tufo a incienso. ¡Yo no había meditado en mi puta vida, Hulio!, pero allí me tiré en una alfombra con un cojín que me dejaron, que a saber cuántos culos habrían pasado por él, y me enrollé un foulard en plan becaria azafrana como si llevase toda la vida meditando por los suelos. Allí donde fueres, haz lo que vieres. ¡Se me hizo larguísima aquella historia! Primero recitando mantras tailandeses con una pronunciación del carajo, y luego meditando con las piernas como un Buda. Ya no sabía cómo ponerme, se me dormían las articulaciones, me presionaba el coño contra el cojín para sentir que seguía viva y rezaba en cristiano para que se acabase aquello. La experiencia con el azafrano me parecía excepcional, pero aquel rollo tampoco iba conmigo y me dejó chafada unos días con un cementerio de decepciones mental acerca del budismo, hasta que seguí indagando en otras religiones. Eusabio ni pinchó ni cortó, lo invité a los diez euros voluntarios que costaba el acontecimiento de valor incalculable y lo dejé en su casa con los cojones dormidos y sin irrigación en las asanas.

Quizá mi peor experiencia en sectas fue la que viví, también en compañía

de Eusabio, en una ceremonia especial de los Testigos de Jehová. Tenía interés por ver qué se contaban, si se hablaba de matrimonio, sexo, recetas, los secretos del orgasmo prostático. No sé, algo. Pues allí llegamos Eusabio y yo, y nos vimos asaltados por una manada de señores encorbatados muy interesados en nosotros. Éramos jóvenes, con cara de no haber roto una Biblia en la vida, carne fresca para su secta. En realidad, le preguntaron a Eusabio cómo nos llamábamos y si éramos pareja o estábamos casados, todo con una educación extrema. A mí me mantenían en segundo plano, como a sus señoras, que allí estaban, vestidas como de boda sin mucha más ocupación que llenar huecos, porque eran ellos los que llevaban la voz cantante tanto en la captación de miembros como en el ceremonial. Empecé a vomitar arcoíris de machismo transparentes, pero aguanté como una buena espía todo el ritual (creo que es lo más próxima que he estado a una misa negra en la casa de Satán) y me sentí muy observada. Poco antes de terminar, agarré a Eusabio y salimos por patas, no sin antes vernos asaltados por el jehovino que nos había recibido, el cual nos entregó un panfleto que decía así: «Los jinetes del Apocalipsis están cabalgando, ¿qué opina?». Le dejé dos euros a Eusabio para el autobús y me fui a casa de mi amigo Iñaki para contarle lo que había vivido sin profundizar demasiado. Nos pasamos la noche follando más por detrás que por delante, que no es pecado, para purgar malas energías.

Con todo, mi colectivo religioso favorito es el cristiano, por el montaje y la parafernalia que lo rodea. Me excitan sobremanera el arte sacro, los crucifijos, los rosarios, los confesionarios, el clero... No me refiero a los curas en sí, sino al trasfondo de lo que representan desde su lado más blasfemo y pecaminoso. Me encanta follar vestida de monja y sentirme después como una pecadora arrepentida pero con ganas de penitencia. La historia de mi vida. Me pone lo cristiano precisamente por las ideas que han intentado inculcarme a lo largo de la infancia y adolescencia sobre el amor, la

pareja, el sexo, la decencia, la represión, la continencia... Ya se sabe que basta con que te prohíban algo, para que te puedan las ganas. Y así me manifiesto yo ahora, como adulta, ante la cárcel de las ideas de la religión: me rebelo usando como objeto sexual lo religioso precisamente.

La experiencia que sin duda más he disfrutado en los últimos meses fue con mi amigo Sandro un día que yo estaba triste y nos fuimos de viaje y confesiones en coche. Después de soltarle mis dramas y alguna que otra lágrima, acabamos en un cementerio precioso con mucho bosque. Caía la tarde, hacía fresco, no había nadie y nos detuvimos en un panteón en construcción con un cartel publicitario en el que ponía «Pavimentos Fúnebres Mariano» y el teléfono con prefijo de la zona. Allí mismo nos frotamos un poco para luchar contra el frío bajo el movimiento de los árboles, el crujir de las hojas y alguna que otra ave, y mantuvimos una preciosa relación de sexo oral con la que aún nos relamemos siempre que nos vemos o hablamos por WhatsApp. Le chupé la polla contra la pared del panteón a medio construir. Era la primera vez que nos liábamos y su duro mástil creció en mi garganta como un paraguas automático que se abre de golpe un día de tormenta. Una exquisitez que me dejó la cara hecha un Cristo, con perdón, y culminó con sus dedos dentro de mí y un mordisco en el cuello que todavía me tiene marcada, más por el orgasmo que por los dientes.

Hablando de follar mentes y otras parafilias sacras, te dejo que sigas leyendo lo poco que te queda de libro, porque estoy entre llamar a Fofana, un vidente, astrólogo y futurólogo que esta tarde me ha dado una hojita rectangular en la que asegura «Tengo los espíritus mágicos más rápidos y poderosos con resultados al 100 %. Africano» o al profesor Mzyztik, también futurólogo y, además, experto en «anomancia», ciencia que interpreta las arrugas del ano (espero que con un satisfactorio resultado).

YO FUI AL 8M

El 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer, me dolían los pies, estaba con la dismenorrea, tenía la alergia al polen en plena ebullición y no podía con mi alma, pero me armé de valor para asistir a la manifestación feminista y hacer huelga en el trabajo durante todo el día. Me puse unas mallas moradas y mi camiseta amarilla con la versión playmobil de la chica del «We Can Do It», y me tiré el día entero en la calle con el tríceps como la panza de una trompeta.

Era un momento decisivo para ir a la concentración, exigir la igualdad laboral, social y sexual, y dar un portazo de una vez por todas al machirulismo. Por si no hubiese motivos suficientes para enarbolarse, en Facebook no paraban de llegarme ofertas de depilación láser en las ingles (¡con las axilas de regalo!), blanqueamiento anal, cervezas a mitad de precio o lavado del coche gratis... por ser mujer. Está claro que hay «empresaurios» que no se han enterado de la fiesta con lo del empoderamiento femenino.

¡Soy becaria vitalicia, me pagan una mierda (si me pagan), me explotan, me sexualizan, mis jefes son machistas y el señor del banco me hace mansplaining porque vivo sola y con menos de veinte euros limpios en la cuenta! No podía pasar ni un día más sin que plantásemos cara al sistema, al jefe machirulo y al mundo patriarcal. Indignada por mis condiciones, no miré en todo el día ni el mail ni el móvil del curro ni respondí a los whatsapps con alguna petición de extrema urgencia-para-ya.

Mereció la pena salir a las calles a pesar de mis dolencias y de un cansancio terminal. Allí me encontré a una marabunta inesperada de compañeras conocidas y desconocidas que me devolvió la ilusión en que un día podré trabajar con hombres que no me van a menospreciar y con mujeres

libres de celos, envidias y rivalidades. Yo, que soy muy inocente, quise creer que, si estábamos todas allí, servirá para algo.

«Manolo, Manolito, hazte la cena tú solito», «Machista muerto, abono pa' mi huerto», «Vamos a quemar la Conferencia Episcopal por machista y patriarcal», «Con falda o pantalón, respétame, cabrón», «Polla violadora, a la licuadora», «El reparto de tareas, que se estudie en las escuelas», «Me aprieta el chocho la talla 38», «Estamos hasta el culo de tanto machirulo», eran los mantras que se repetían a lo largo de la multitudinaria manifestación entre sartenazos, caceroladas, gritos y pancartas.

Muchos tíos de todas las edades observaban el desfile protestatario. Entre ellos estaba mi amigo Eusabio, al que pude ver a lo lejos, con la chapa de un sindicato en la solapa de la americana y mirada de voyeur de la protesta social, como el señor mayor que va a ver unas obras después de desayunar. Espero que a los demás, no sé si atónitos o aliados feministas, tanto ruido les sirviese para hacerles pensar fuerte. La lucha sigue, y quiero creer que, después de la manifestación, Manolito podrá freírse un huevo él solito.

El 8M lo pasé, entre otras, con un par de conocidas, Vicky y Conchita, «una de una ola feminista más antigua que la otra», decían. Están todo el día discutiendo, pero también saben convivir cuando es necesario hacer piña.

Conchita es una nostálgica del feminismo vintage (fiel a Simone de Beauvoir) y no falta a ninguna manifestación contra los asesinatos machistas. En su juventud vivió acontecimientos señalados, como cuando la Organización Meteorológica Mundial aprobó en 1979 la utilización alterna de nombres de hombre y mujer para identificar los huracanes y las tormentas tropicales. Cada año preparan un listado de nombres que incluye uno por cada letra del alfabeto y cambian los nombres femeninos y masculinos.

Vicky es de la última ola, más joven, muy abierta de mente. En el trabajo la llaman injustamente «la feminazi». Uno de sus referentes es la instagramer

Celeste Barber. Le encanta el porno duro, donde ve reflejadas sus fantasías de sumisión, y siempre investiga quién ha grabado sus vídeos favoritos para asegurarse de que no sean de alguna productora abusiva contra las mujeres. Tiene dudas sobre si debería ser legal, en algún caso puntual, alquilar la barriga a quien no pueda tener hijos biológicos. Vicky pone de los nervios a su compañera, que, con no pocos argumentos, prohibiría el porno y los vientres de alquiler, porque le parecen una aberración.

Son las dos más cabezonas que un señor y nunca se pondrán de acuerdo en lo que las diferencia, pero es que no hay dos feministas iguales en mi vida. A pesar de ello, les he regalado un juego de «Feminismos Reunidos», que es como un Trivial con preguntas muy sesudas, y mientras comparten luchas comunes en sus tablas de surfear desigualdades, yo les anoto las marcas positivas en las tarjetas de resultados de las partidas.

Mi activismo feminista no da para ponerme a falsificar títulos de másters de feminismo porque soy más aprendiz que nadie y no paso de comprar ropa que no sea azul ni rosa a los niños y niñas de mi familia, argumentar los comportamientos machistas a amigos y amigas o pararle los pies al machimonguer de mi jefe. No me gusta que se sigan difundiendo ideas retrógradas como que un niño con un jersey rosa acabará siendo «maricón perdido» o que los adolescentes transexuales son «bichos raros» por culpa de sus padres. Tengo la certeza de que empezar por las cosas básicas en nuestro entorno más próximo es el primer granito de arena para que las mujeres dejemos de salir en las noticias de sucesos y en las secciones de necrológicas.

No sé qué trabajo emocional estaré desarrollando para el próximo 8M ni cómo se comportarán mis compañeros y compañeras cuando se fijen en que no llevo sujetador, cuándo los albañiles no me espetarán una bola de esmegma verbal cuando pase por debajo de una obra o cuándo los fotopollistas de internet se lo piensen dos veces al mínimo atisbo de erección. Lo que sí me

gustaría es que, por el hecho de ser mujer, soltera, curranta emocional y amante de hacer lo que me salga del coño, nadie cuestione la libertad de depilármelo, meterme un dildo gigante o hacer lo que me apetezca con él. ¡Que ya está bien, coño!

HAY QUE FOLLARSE MÁS LAS MENTES

He salido fascinada de un museo de mi ciudad donde tenían un meadero de pared varado como la vejiga de una ballena en un pedestal y a un crítico de arte con cara de científico perturbado que no ha cogido un peine en su vida soltando, entre improperios, excentricidades y escatología, una profunda y bizarra explicación del famoso urinario de Duchamp. «¡La obra suprema del arte!», decía, cuando yo no veía más que una letrina de pared para que los maromos expulsen las incontinencias amarillas por los meatos.

Después de currar más de diez horas al día como becaria a cambio de «aprender» y «coger experiencia», lo último que me apetece al terminar es ver alguna peli, concierto, exposición o evento cultural excesivamente sesudo. Pero suele ocurrir que acabe yendo a cosas como esas, que me hagan reflexionar algo más que en el Museo del Traje o en el Boulevard de los Bonsáis, para no oxidar la creatividad.

Me ha aportado mucho más una reciente obra plástica compuesta por elementos sacros hechos con tampones muy coloristas y un trasfondo muy reivindicativo: cruces de tampones y velas de iglesia ilustradas con una virgen con forma de coño, dentro de una exposición de arte feminista con vaginas y clítoris sobre lienzo, y otras joyas del arte no mainstream. *Cruces de tampón* (2016), obra de Nuria González. Debo aclarar que los tampones estaban sin usar.

El ocio musical también es imprescindible en mi vida. El año pasado, después de pasarme un largo día preparando informes entre píldoras de ibuprofeno, acabé en una actuación de King África tomando gintonics con hidrógeno líquido rodeada de gente de 18 a 70 años, y debo decir que lo peor no fue King África, porque en lo más álgido de la actuación, mi jefe me volvió a llamar para decirme que no podía abrir el archivo pdf en su ordenador y si se lo podía enviar en otro formato.

A otro gran concierto fui con mi amigo Eusabio. Aunque él es muy fan de Orishas, me invitó a un concierto que nada tenía que ver con su grupo favorito, pero era gratis y quiso quedar bien dándome unas pegatinas del concierto, como si fuesen entradas oficiales por valor de cincuenta euros. El valor económico no importa, pero a él le gusta aparentar que ha bajado la luna y medio sistema solar por ti. El concierto era de La Txusma, dos chicas que tocan y cantan muy feminista: «Eres un adulto, no escurras el bulto, ocúpate de tus cosas, no me las cargues a mí... No soy un marsupial, ni tengo un bolso genial, me lo voy a cargar y ya no podrás guardar tus mierdas, y me haré una riñonera (...)». Más tarde se apuntó al concierto Ramón, su monitor de yoga aéreo, un chico muy majo con el que acabé hablando hasta las tantas de la madrugada de mis parafilias religiosas y mi gusto por hacer mamadas con un rosario enroscado en los cojones. Él me contó que tenía toda la colección de libros de Wally, compré el disco de La Txusma por diez euros y nos liamos en casa de Eusabio, pero le costó encontrar mi clítoris más que a Wally en *Búscame en el océano Pacífico*. El sexo oral es otro arte que también merece exhibirse y enseñarse más y, en este caso, me sentí mejor follada por la mente.

Una peli que no me canso de ver es *El hombre perseguido por un ovni*, una producción española de 1976 dirigida por Juan Carlos Olaria. La película me parece brillante. El protagonista es Oliver, un escritor de ficción venido a menos que vive entre mantener relaciones carnales con una amiga y un

matrimonio vecino. Acababa de empezar el destape. Oliver se ve capturado por un platillo volante tripulado por seres extraños que llega a la Tierra con la misión de abducir a un ser humano para llevarlo a su lejano planeta con fines científicos. Me parece entrañable el estilo transgresor, enseñando media teta de mujer entre personajes raros y una nave con tan escaso presupuesto, una verdadera obra maestra UFO del Séptimo Arte. Lo mejor de este tipo de pelis es que no hay que andar descargándolas ni haciendo nada ilegal, porque están todas subidas a YouTube.

Ahora estoy sumida en un bonito proyecto que me sugirió Elvira, una amiga a la que conocí en un curso de fotografía analógica: «A ti, que tanto te gustan los playmobils y montar historias, y ahora están tan de moda, ¿por qué no pides permiso en tu ayuntamiento para exponer un diorama?». Y eso hice. Me puse en contacto con la Concejalía de Cultura y presenté un proyecto de seis páginas describiendo el diorama sobre sexualidades del mundo que tenía en mente, pero no me lo han confirmado aún. En una ocasión me llamó el funcionario encargado de mi expediente y me sugirió meter una «orgía de ceptos para encolar esclavos». No le eché mucha cuenta pero no he vuelto a saber de él, quizá no haya terminado de leer mi proyecto o ya lo hayan echado del ayuntamiento.

Pensé en hacer la exposición en mi trastero con un régimen de visitas limitado, pero recapacité y no lo llevé adelante. La mente es como un caballo desbocado que va solo y cuando vas a acariciarle el lomo para que relaje, ya es demasiado tarde y puede ser considerado arte.

LEER ES SEXY

Si has leído hasta aquí, seguro que eres una persona lista y con una gran

curiosidad. Entonces te gustará saber (vale, quizá ya lo sepas) que yo también leo cosas raras de cojones. Me gustan los libros que me hacen reír, pensar y que también sueltan mediocridades y tonterías absolutas. Sería un suplicio tragarme un libro que me hiciera pensar constantemente. Mis temas favoritos son la sexualidad, homosexualidad, lo LGTBI, lo gay, lo lesbiano, lo transexual, los consejos matrimoniales de al menos hace medio siglo, las experiencias sexuales con seres de otra dimensión, las abducciones, las movidas del jolgorio más allá de lo terrenal, las misas negras, las posesiones demoníacas, la vida sexual de los políticos vintage, cosas normales como el feminismo desde todos los puntos de vista para montarme mi propia película, *Kamasutras* y cualquier lectura relacionada con el sexo, por delante o por detrás.

Hasta hace un rato, estaba en una cafetería de primeros del siglo XX con un café lechado y un chocolate semiespeso encima de la mesa. Música clásica de fondo. Buenos asientos. Vestida con ropa del futuro, había viajado en el tiempo a través de unos libros de varios siglos de antigüedad con olor a santidad. Estaba en compañía de mi amigo Evaristo, un ratón de biblioteca que el día que se entere de que ahora todo el saber está en internet, no va a haber quien lo despegue del ordenador. Evaristo lee en voz muy alta, le falta un verano y presume de amplios conocimientos cromosómicos de seres de otros planetas, pero acabamos hablando de Aristóteles, que en su día soltó perlas como esta: «La hembra, ya que es deficiente en calor natural, es incapaz de preparar su fluido menstrual al punto del refinamiento, en el cual se convierte en semen (es decir, semilla). Por tanto, su única contribución al embrión es su materia, un campo en el cual pueda crecer. Su incapacidad para producir semen es su deficiencia». Aristóteles, en su mente de bebé borracho, se cocinó que la sangre menstrual es el semen inacabado de un macho estéril, un hombre a medio hacer, por eso cuando Evaristo tiene algún comentario machista de

fuera de este y todos los siglos, le recuerdo las palabras del pollavieja de Aristóteles en *Historia de los animales*, del 343 a.C., e intento llevarlo por el buen camino.

Hablando de sexo y dictadores vintage, mi libro favorito sobre Adolfa la Golfá es *La vida sexual de Hitler*, de José Repollés, de 1977. Entre interesantes temas de «El Bello Adolfo», fan acérrimo de su madre, presumiblemente homosexual y pelín apestoso, el libro lo define muy bien: «El dictador alemán era físicamente feo, casi grotesco, con el mechón de cabello ligeramente caído sobre la frente, un bigote ridículo que puso de moda, con un aliento pestilente y con ardores de estómago». «Para combatir su flatulencia, el Führer tomaba ciertas píldoras antigases a base de estriknina. Además no quería que le viesan desnudo y dormía con camisón.» Repollés lo resume como un «desecho humano» y es el mejor libro sobre Hitler que ha caído hasta la fecha en mis manos.

Tengo un papiro que se cae a cachos y guardo como oro en paño que se titula *Las aberraciones sexuales* (1968), de Ricardo Blasco Romero. Es curioso, porque para este señor todo lo referente al sexo es una aberración, salvo procrear: el sexo oral, la homosexualidad, un pene, una vagina. Habla del «cunilinguo», el sexo oral a la mujer aplicado a la «pepitilla», y destaca que «suelen practicarlo las mujeres que padecen infantilismo sexual o psíquico, así como las lesbianas [él lo escribe con v] y los elementos pedófilos y gerontófilos en situaciones pluralistas». Actividades de las que «llevadas a la práctica en su aspecto aberrante y degenerado, debe buscarse su curación por medio de una eficaz psicoterapia».

Yo creo que la terapia definitiva en estos casos es ayudarnos a conocer mejor nuestros entresijos nerviosos y pensar fuerte en el señor que escribió ese libro cuando nos estemos corriendo con los ojos en blanco. No creo que haya tío (ni persona) que coma mal el coño, sino un tío mal informado y peor

enseñado, y eso sí que es una aberración. Voto por hablar, guiar, manejar su cabeza, buscar su lengua moviendo las caderas y dar rienda suelta a esta maravillosa aberración sexual.

Hablando de libros que no sirven ni para calzar mesas, destaco esta taradez del infierno que habla sobre el grave pecado de la infidelidad femenina. Pertenece al libro *El matrimonio y su vida sexual* (1970), del doctor Georg Adam: «La infidelidad en la mujer es cosa mucho más grave, aunque al decir esto nos enajenemos las simpatías de las fanáticas de la justicia. Pero también en este caso aconsejamos la comprensión y la dulzura. Lo esencial es que el hombre engañado no obre nunca precipitadamente y arrastrado por el primer impulso de la cólera. Él debe preguntarse: “¿No le habrá engañado su mujer por sentirse demasiado abandonada, por sufrir ansia de amor y de cariño que ha ido a buscar en otra parte? ¿No habrá sido la mujer misma vergonzosamente seducida y engañada?”». Tantos años haciendo una carrera y el MIR de la época para soltar semejante parida. Eso o le dieron el diploma de doctor con algún trato de favor en alguna universidad de la beneficencia por la titulitis.

Los libros de asuntos sexuales, matrimoniales y con tufo a opresión religiosa me matan. Uno de ellos es *El hombre, la mujer y el problema sexual* (1969), de otro doctor llamado J. Algora Forbea, que suelta perlas como: «El aborto provocado o aborto criminal constituye una de las grandes llagas sociales, siendo lo más triste y grave que su difusión aumenta sin cesar (...). Que el aborto provocado constituye un crimen, mediante el cual, con premeditación, con alevosía, con impunidad y casi con nocturnidad, se suprime la vida de un ser creado a semejanza nuestra». Este señor antes de morir se sentó cátedra, como otros tantos, castigando cualquier atisbo sexual por placer y potenciando con energía la procreación de la especie con la mujer como medio y fin de fábrica de humanos puesta por la vida para criar, cuidar y bien atada a la pata de la cama, no se fuese a escapar.

Para ponerme al día sobre la historia de gays, lesbianas y homofobia en España, me quedo con *Los antisociales: historia de la homosexualidad en Barcelona y París, 1945-1975* (2014), de Geoffroy Huard, un tocho que se hace menos duro por su verbo claro, ameno y ligero. «Edmundo y Roberto estaban unidos por alguna relación de tipo sexual. Edmundo le succionó varias veces y Roberto le introdujo el pene en el ano. El proxeneta y el bujarrón fueron finalmente condenados a una pena de internamiento de trabajo de entre cuatro meses y un año, señalando que tenían que estar separados de los demás presos, mientras, al parecer, el cliente no tuvo ningún problema con la justicia, ya que no aparece en el expediente de la peligrosidad». Imprescindible para entender los «actos impúdicos», «ultrajes contra las buenas costumbres», «el chovinismo macho», los «rozadores de paredes» y «merodeadores de meaderos». Indispensable.

Un tema en el que me estoy introduciendo ahora es el del sacerdocio terapéutico de las «tigresas blancas» gracias al libro *Crónica general del sexo oral* (2013), de Miguel Ángel Almodóvar, y me extraña que sea tan antiguo y no se lo haya visto a nadie en LinkedIn. «Su actividad consiste en seducir al mayor número de hombres posible para practicarles felaciones y así absorber su energía pletórica de salutíferos beneficios (...). La Tigresa Blanca se las va arreglando para libar el semen del que llaman Dragón Verde, un hombre normal, menor de sesenta y cinco años, a efectos de calidad seminal, no demasiado afecto al taoísmo, limpio, educado y de personalidad atrayente. Podrá realizarle felaciones hasta en un máximo de nueve encuentros para evitar apegos y enamoramientos.» Estas mujeres son mantenidas por señores mientras se forman en el bonito oficio de drenar cojones para restaurar su propia juventud e instaurar la inmortalidad espiritual. Lo curioso es que, con la cantidad de siglos que hace que existe esta secta (parece ser que aún está

activa), todavía no se hayan dado cuenta de que, con el paso del tiempo, se les arrugan la frente y los pliegues del coño por igual.

Hablando de nuestras cosas, *Coño Potens* (2015) es otra de las maravillas que he leído recientemente y me ha descubierto que las mujeres tenemos próstata como ellos y en los manuales médicos llevan años silenciándolo. Es algo que echaré en cara la próxima vez que vaya a mi ginecóloga actual por no tenerme al día en el conocimiento de mi coño. Quieren aplastar nuestra flor como los pétalos de una rosa que se marchita entre hojas de una enciclopedia vieja que nadie consulta. «El hecho de que a una niña se le cuente que tiene una vagina por la que entrará el pene y por la que, consiguientemente, saldrá un bebé, obviando por completo la existencia de un clítoris y una próstata, genera a nivel mental un vacío muy difícil de llenar a posteriori.» Su autora, Diana J. Torres, ha investigado a fondo sobre el poder del coño, la próstata y otros fluidos, y se dedica a dar talleres de eyaculación femenina gracias a la poderosa arma que tenemos desaprovechada entre las piernas. Un must que no debería faltar en ninguna biblioteca ni casa eclesial. Se recomiendan paraguas, chubasqueros y alguna que otra toalla para la lectura y puesta en práctica de sus técnicas.

También me estoy iniciando en el conocimiento de la compra online de muestras de semen congeladas a Dinamarca para practicar la autoinseminación manual en la intimidad de la alcoba. Se llaman «pajuelas», como las de usar los dedos, pero son mucho más caras. Mi manual de referencia es el *Libro de la reproducción asistida para lesbianas y solteras* (2016), de Raquel Cediel Sáez, y merece una lectura entre pajas, pajuelas y otros pajoleríos mentales.

Siguiendo con la maternidad («no maternidad», más bien), me identifico con otro libro actual: *No madres* (2017), de María Fernández-Miranda, que analiza el cuestionamiento que nos aturde a las que nos acercamos a la edad de procrear y no somos madres porque no podemos o no nos sale de la voluntad

del aparato reproductor, y la sociedad inconscientemente nos cuestiona, juzga y aborrece la vida con lo de parir como conejas. El libro está escrito por una mujer que se sometió a siete tratamientos de fertilidad sin éxito y llegó a la conclusión de que en realidad no quería ser madre, que lo había hecho empujada subconscientemente por el libro de la vida y la presión social. ¡En buen momento fue a darse cuenta! Yo creo que, si hubiese conseguido ser madre, este libro no existiría, pero no por ello tiene menos razón en lo que cuenta.

Considero que hay que leer cosas de otros supuestos planetas para entender lo que pasa en el nuestro. Sobre el mundo marciano y la duda de lo que puede hallarse entre realidad terrestre y fantasía erótica, extraigo la historia más top del libro *Avistamientos, secuestros y encuentros en la Tercera Fase* (1992), de John Spencer, un señor especializado en la interacción del fenómeno ovni con la mente humana. Como digo, una de mis investigaciones favoritas es la de la abducción en Brasil de Antonio Villas Boas, un terrateniente agricultor que en 1967 efectuó el avistamiento de una bola de luz roja y frente a él aterrizó una nave con forma de huevo con una cúpula giratoria. «Villas Boas salió del tractor y echó a correr, pero fue perseguido por cinco seres que le dominaron y le transportaron a bordo. Los entes vestían ropas ceñidas de color gris y cascos que dejaban ver solo sus pequeños ojos azules. De los cascos partían tubos que penetraban en su ropa, por la espalda y por los costados (...). Sus captores le introdujeron en una habitación donde le obligaron a desvestirse y rociaron su piel con un líquido espeso y transparente y le extrajeron una muestra de sangre (...). Lo dejaron solo y terminó vomitando en un rincón (...). Su soledad fue interrumpida por la presencia de una alienígena. Su cuerpo era el más hermoso que había visto en su vida. Era esbelta y sus pechos se mantenían erguidos y bien separados. Su cintura era estrecha, el vientre plano, las caderas bien desarrolladas, los muslos robustos. Lo miraba

todo el tiempo como si quisiera pedirle algo. Le abrazó y frotó su cara y su cuerpo contra él. Villas Boas se sintió excitado por el contacto, correspondiendo a sus efusiones con entusiasmo.» Lo de los secuestros extraterrestres para los terrícolas es como irse de viaje al Caribe o Benidorm, jolgorio y fiesta fuera de casa sin demasiados reparos morales.

Alguien dijo que compramos libros pensando que compramos tiempo para leerlos, y no puedo estar más de acuerdo con él o con ella. Las páginas son finos troncos de árbol pero comprimidas pesan como un tronco y hasta que haces una mudanza no te das cuenta del peso de una caja de libros, del peso del saber comprimido.

POR FIN CON CONTRATO (AUNQUE MEDIO PRECARIO)

Querid@s becari@s del mundo:

Me despido con la irresponsabilidad de haber puesto voz al colectivo becario sin, posiblemente, haber reflejado para nada las vivencias, condiciones y realidad del día a día de nadie. Porque todos esos directivos, señores de Recursos Humanos, jefas gruñonas (perdón, quería decir «seres adorables») y demás mandamases del tejido empresarial no podrán estar más en desacuerdo con mis palabras: l@s becari@s somos las personas más importantes en cualquier empresa porque somos las promesas del futuro, del presente, y si no nos tratan como nos merecemos, como si fuésemos personas formadas y no pardill@s recién licenciados, con incentivos dignos, sin dejarnos en un segundo plano ni darnos las sobras que nadie quiere en oficinas con los sistemas operativos caducados, mesas cojas y humedad en las paredes, nos vamos todos a la mierda: l@s becari@s, empresauri@s y sus empresas en régimen de salario letal.

Ser becaria es una pasión que se lleva en la sangre, y es un orgullo poder

optar a un puesto de estas características porque significa que has superado ciertos estudios y pruebas que te han hecho merecedora de ello para crecer profesional y personalmente. Para poder optar a un buen trabajo acorde con tus conocimientos y aptitudes, y no para rellenar huecos de jefes vintage ni femmes fatales emprendedoras que necesitan trabajadores y se aprovechan del becariado para tener mano de obra gratis y dejar en tu historial emocional un daño de por vida a tu autoestima laboral.

En mi caso, después de tantos trabajos precarios, he conseguido por fin un contrato a jornada completa en la agencia de publicidad por unos pocos euros mensuales más y el alta en la Seguridad Social. Lo cierto es que el salario no llega al mínimo interprofesional, pero desde la perspectiva de los contratos en prácticas, es un pastón.

Continúo hundida en la miseria, pero con las perrillas que me paga mi tía en B por llevarle la contabilidad de la tienda de ropa y mi salario, ya por fin cotizando en la Seguridad Social, al fin tengo para unos caprichos.

Sin embargo, yo siempre me sentiré una becaria, pues cuando lo has sido una vez, nunca puedes dejar de serlo. Es tu cicatriz pero también tu tatuaje más bello. Y por eso, ¡¡¡proclamo la República Independiente de la Becarias!!! En el trabajo y en la vida. Poder ser independientes más allá del salario en régimen emocional, poder cobrar en dinero de verdad, tener opción a alquilar una habitación o un piso, pagar el gimnasio, ir al supermercado con dinero ganado con tu sudor y sangre y no con donaciones de mamá. Independientes para poder imponernos a ese jefe opresor que te intenta colocar la mano donde no debe, al jefe que pretende tenerte las 24h a su disposición, darles una patada en el culo sin miedo a nada. Porque una vez que has vivido durante años el mundo laboral sin cobrar un duro, nada puede ser peor que oponerte a un trabajo mal pagado y que encima no te deja tiempo para seguir cultivando tus relaciones de amor ficticio que no pasan de unos polvos temporales.

¡Vivan l@s becari@s!

DECÁLOGO DE LA BECARIA

1. ¿Cómo reinicia una becaria el ordenador? Tirándolo por la ventana.
2. Tu *Kamasutra* favorito siempre será el de la oficina, el que te enseña a adoptar la mejor postura para que el jefe no se te ponga encima. (Por cierto, ¡no es no! Y denunciar siempre es una opción.)
3. Las becarias no debemos dinero, vamos al fichero de morosas emocionales. Como nuestro sueldo.
4. Echar imaginación a tu currículum vitae no debería ser más grave que hacerte un contrato de becaria donde los jefes violen todas las cláusulas.
5. Si tu parejo te pide una explicación por la ropa que llevas, la respuesta es clara, concisa y directa: porque te ha salido del coño ponértela.
6. Un novio celoso y posesivo no soportará tus experimentos sociológicos de becaria en las apps de ligar, y te durará menos que un bote de mayonesa abierto fuera de la nevera. Pero si es un follamigo de verdad, estará ahí para toda la eternidad.
7. Una gran ventaja de ser becaria es poder poner de excusa una urgencia de tu jefe explotador durante la primera cita con un tío de Tinder que no es lo que esperabas.
8. La motivación laboral depende más de un reconocimiento digno (dinero incluido), que de una taza con frases monguer para mentes fatigadas.

Una becaria no tuitea lo que el jefe diga, es la community manager de su

9. vida.
10. Y lo que surja.

La Becaria existe, pero no quiere decir su nombre, no quiere decir dónde trabaja, no quiere que la reconozcan, no quiere, sobre todo, que la despidan. Y eso hay que respetarlo.

El libro políticamente incorrecto de una becaria políticamente incorrecta.

**Un libro para reír y gozar y conocer a fondo la vida de
una becaria inquieta y MUY particular.**



La Becaria es tímida y todo lo contrario... En este libro nos relata, sin tapujos, sus múltiples historias que van desde su trabajo como becaria —que incluyen deslices amorosos de oficina, muchas fotocopias, un salario emocional y alguna que otra metedura de pata con su jefe— hasta su obsesión por participar en los más insospechados talleres —destaca el del monje contemplativo amante de los mantras— y sus fiestas y encuentros más rocambolescos.

Importantes asociaciones de becarios han dicho...

«Un bestseller que recomendamos en el newsletter diario para nuestro@ asociad@s.»

Asociación Profesional de Becari@s Emocionales

«La obra que hizo tambalear a los jefes explotadores.»

Becari@s sin Fronteras

El libro secuestrado que emocionó a una emprendedora arrepentida.»

Colegio Oficial de Entrepreneurs Vendehumos

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2018, Becaria

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Dani Gove, por las ilustraciones de cubierta e interiores

Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / S. Gómez, G. Pellicer

Ilustración de portada: © Dani Gove

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17001-40-7

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] <<https://www.20minutos.es/noticia/3259356/0/becarios-espana-sin-cotizar-ni-cobrar-1400000/>>

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Historias de una becaria incorrecta

Me presento

1. Trabajo
2. Becariado, salario emocional y precariado
3. Parejos o cómo sobrellevar la vida de becaria
4. Redes sociales y otras propuestas indecentes

Anexos (Eventos, cultura, magufismo, libros, y feminismo)

Decálogo de la becaria

Sobre la Becaria

Sobre este libro

Créditos

Nota